

Ilustración Artística



Artística

AÑO XXI

BARCELONA 13 DE OCTUBRE DE 1902

Núm. 1.085



LA CUNA VACÍA, cuadro de Andrés Solá y Vidal

(Salón del Círculo Artístico)

SUMARIO

Texto. - *Crónica de teatros*, por Zeda. - *Pilita*, por Fidel Pérez Mínguez. - *Alrededores de Valencia. Una excursión á la Albufera*, por Julio de Hoyos. - *La vida sarcástica*, por Francisco de la Escalera. - *Nuestros grabados.* - *Noticias de teatros.* - *Problema de ajedrez.* - *Via libre*, novela ilustrada (continuación). - *Los contadores eléctricos*, por J. Lafargue.

Grabados. - *La cuna vacía*, cuadro de Andrés Solá y Vidal. - Dibujo de Triadó que ilustra el artículo titulado *Pilita.* - *La Albufera de Valencia. Un «viver» junto al bosque de Aseñill.* - *Últimos «vivers» cercanos al lago.* - *«Vivers» á la entrada del Palmar.* - *«Vivers» en las riberas del Palmar.* - *En el harén*, cuadro de Federico Bridgman. - *Pan.* - *Orfeo*, pinturas decorativas de Miss Anita McLeish. - *Flores campestres*, cuadro de A. Salinas. - *Recuerdo de Caldas de Malavella.* - *El cementerio de Perpiñán*, dibujos de José Masriera. - *Cartel artístico*, original de G. Viollier. - *Planchas en relieve*, obras de Yencesse. - Figs. 1 á 5. - *Contadores eléctricos.* - *Otoño*, cuadro de Hann D. Holz. - *La fuente*, cuadro de F. Petiti.

CRÓNICA DE TEATROS

La literatura dramática española está de luto con motivo de la muerte de Enrique Gaspar. Él fué el iniciador entre nosotros de la escuela realista francesa. Cuando el escritor que acabamos de perder dió á la escena su primera obra de importancia, aún dominaba en el público español el gusto sensiblero que tantos aplausos valió á Camprodón, cuya *Flor de un día* llenaba de lágrimas los ojos de las bellezas de mediados de siglo; á Eguílaz, que enternecía los corazones con *La cruz del matrimonio* y *Los soldados de plomo*; á Luis Mariano de Larra, que con *La oración de la tarde* obtuvo ruidoso triunfo, un tanto amargado por las reminiscencias que alguien creyó encontrar entre esta obra y *El cura de aldea*, de Eschich, y á todos los demás que á imitación de los autores citados surtieron de comedias, desde el 1850 hasta 1870, los teatros españoles.

También por entonces «se daban» con nociva abundancia dramas pseudo-históricos en los que actores y actrices pasaban por la escena haciendo estremecer telones y bambalinas con el *tunturuntín* de los endecasílabos ó con el tintineo de cuartetas y quintillas. Todo se volvía allí valerosos guerreros que al frente de su mesnada habían escalado enricadas fortalezas; caballeros que como premio de su victoria en el torneo recibían bordada banda de manos de su adorado tormento; monarcas adustos, escuderos fieles, dueñas barbudas y doncellas desventuradas, personajes en la mayor parte de los casos sin verdad histórica ni en los caracteres, ni en las pasiones, ni en las costumbres, ni en el lenguaje. El público iba ya cansándose de las ñoñeces de los unos y del averiado romanticismo de los otros, cuando Enrique Gaspar comenzó á escribir para el teatro.

Claro es, y en la memoria de todos está, que entre el fárrago de autores que por aquella época florecían y cuyas obras están ya florecidas, descollaban Ayala y Tamayo. (Había en rigor pasado el tiempo de Bretón, Serra, Ventura de la Vega, García Gutiérrez, Hartzzenbusch y Duque de Rivas.) El primero, digno émulo de nuestros grandes poetas dramáticos del siglo XVII, supo vaciar en el cástizo molde de la dramática de Ruiz de Alarcón las ideas y sentimientos modernos; y Tamayo, el autor de mayor fuerza teatral del siglo XIX, fué también el más violento impugnador de los vicios sociales de su tiempo. (*Lo positivo, Lances de honor, Los hombres de bien.*)

La misma tendencia satírica y pesimista de estos dramas de Tamayo se advierte en las comedias de Gaspar. Lo que el autor de *La levita* pensaba acerca del arte dramático, bien claro lo dice en el prólogo de *Las personas decentes*: allí se aboga en pro del más exagerado realismo; se señala como condición de la literatura dramática que sea ésta una fotografía de la sociedad moderna; se quiere que los caracteres, la acción, el diálogo, el lenguaje se confundan con la realidad, y se proscriben, en fin, como juguetes infantiles, los trapos, el lirismo, las imágenes y los versos. Ocasión hubo, sin embargo - inconsecuencia propia de los verdaderos artistas - en que Gaspar movió sus personajes escénicos al son de la lira. Y ahí está para no dejarme mentir el drama *Amor y arte*, con su intriga romántica, su idealización de los personajes Ghirlandajo, Miguel Angel, Savonarola, sus poéticos arranques y su variada versificación.

En honor á la verdad, *Amor y arte* es una excepción en el teatro de Gaspar. En sus demás obras, por lo menos en las que conozco, fué austeramente fiel á los preceptos que él mismo se impone, preceptos muy en armonía con los sustentados y practicados por Alejandro Dumas (hijo). La comedia en

que Enrique Gaspar expuso con más perfección su realismo pesimista fué la titulada *Las personas decentes*, cuyo pensamiento capital, aunque distinto en su desarrollo, coincide con el de *Los hombres de bien*, de Tamayo. «La tesis de *Las personas decentes* - escribe su autor - es de una trascendencia abrumadora... me la ha dado la manera de ser de nuestra sociedad, que en su tendencia igualitaria ha echado un puente entre el hombre de bien y el bribón, para que todos puedan circular por él confundidos, mediante un derecho de portazgo de camisa limpia.» Tan negra concepción de la sociedad moderna logró encerrar Gaspar dentro del marco de una excelente comedia, mostrando con extraordinario vigor y fuerza incomparable esa solidaridad insana, esa tolerancia corrosiva, causa de que se mezclen y confundan el bribón y el hombre honrado, la mujer adúltera y la buena madre de familia.

Claro es que la tesis de *Las personas decentes* puede discutirse, y muy discutida fué cuando se estrenó la comedia en enero de 1890. Pero aun concediendo que el autor, para probar su aserto, cargó la mano en los tonos negros de su pintura, no puede desconocerse que desde el punto de vista artístico, es aquélla una de las obras más perfectas, quizás la más perfecta, de cuantas se escribieron en España después del estreno de *Consuelo*.

En *La levita*, representada el año 68, como antes en *Las circunstancias* y después en *D. Ramón y el Sr. Ramón, La cancanomanía, El estómago, La lengua, Moneda corriente, Huelga de hijos y La eterna cuestión*, Gaspar no dejó la ida por la venida para poner á la sociedad moderna la ceniza en la frente.

Y no se limita solamente su privilegiada pluma, cultivadora también de la novela y del cuento, en sus obras teatrales á la comedia de costumbres. En la larga lista de producciones escénicas de Gaspar hay de todo: tragedias como *Atila*, pasillos como *Las sábanas del cura*, traducciones en prosa como *Serafina la devota*, y traducciones en verso como la de *Mar y Cielo*, original de Guimerá.

La última producción escénica de Enrique Gaspar, hasta ahora inédita, es *Pepita Tudó*, comedia de la cual se ha hablado mucho y que hasta ahora no ha obtenido los honores de la representación.

Por el número de sus obras, por haberse opuesto á la corriente sensiblera y pseudo romántica que invadía el teatro, por el denuedo con que abogó y luchó por los fueros de la moral y por su maestría en el difícil arte de hacer comedias, merece Gaspar que su nombre figure entre los más ilustres del siglo XIX.

Está ahora como quien dice sobre el tapete la cuestión de las refundiciones de comedias del teatro antiguo. Desde que han sido pegados en las anunciadoras los carteles para la próxima temporada con las listas de las compañías y títulos de las obras que han de representarse, entre las cuales figuran algunas refundiciones, ha empezado á rebullir la cuestión antigua, como que ya estaba no poco manoseada en tiempo de Moreto, de si es ó no una especie de sacrilegio poner mano en las creaciones de nuestros clásicos. Supónese por algunos que refundir una comedia antigua es cosa tan desafortunada y vandálica como lo sería meterse á refundir una estatua ó un cuadro. Nadie las mueva, se dice con aparatosas declamaciones; respétense como cosa intangible las comedias de nuestros clásicos; y caso de representarse, representense tales como salieron de las plumas privilegiadas de sus grandes autores.

Para replicar á tan solemnes afirmaciones, nada mejor que recordar lo que Bretón de los Herreros escribe al frente de una de las obras por él refundidas: «De cuantas tareas puede imponerse quien dedique sus ocios á la literatura dramática, ninguna tan ingrata y estéril como la de refundir comedias antiguas, y no porque sea una profanación, como entienden algunos, el meterse á enmendar la plana á Lope, á Calderón, á Rojas, á Moreto. Aquellos insignes poetas no fueron perfectos en todas las dotes que requiere el arte escénico, aunque en algunas fuesen ciertamente inimitables. De ordinario se advierte suma irregularidad en sus planes, poca cohesión en los infinitos incidentes de sus fábulas, redundancia y sobrado conceptismo en los diálogos y en las relaciones, descuidos ó incorrecciones en el estilo, y en la versificación, locuciones y giros desusados que no todos comprenden. El literato sabe disimular tales defectos en gracia de los primores de otro género que saborea y admira; pero el público, en general, es menos complaciente. Hay pocos dramas de aquel tiempo que en nuestros días puedan representarse tales como se escribieron; y habilitarlos para la escena, dándoles, sin desfigurarlos, algunas de las condiciones que les faltan y exige la buena crítica, es hacer honor, no injuria, á la me-

moria de sus célebres autores. Pero el ímprobo trabajo que esto requiere, si se ha de hacer con tino y con conciencia, ni está al alcance de todos ni obtiene en ningún concepto proporcionada recompensa. Al contrario, si el refundidor mejora la obra primitiva, ningún lauro adquiere; todo es siempre para el poeta á quien refunde, al paso que se le hace responsable, no sólo de las propias culpas que en la refundición cometa, sino de los desaciertos que no haya sabido ó osado corregir.»

Poco hay que agregar á las anteriores palabras del más fecundo é ingenioso de nuestros autores cómicos. Sin embargo, bueno será recordar que, desde Lope acá, han refundido obras antiguas los más egregios escritores, y que si la invención de los asuntos, la creación de los caracteres, el contraste y lucha de los afectos son algo en el teatro, muy cerca están de poderse llamar con exactitud refundiciones *Los amantes de Teruel*, de Hartzzenbusch, *Don Juan Tenorio* y *El zapatero y el rey*, de Zorrilla, para no citar más que obras famosas.

Además del teatro Cómico, de la Zarzuela y de Apolo, tenemos ya funcionando el de Eslava. El género que se cultiva en este teatro es lo que pudiéramos llamar un puente entre el género *ínfimo*, bautizado con este nombre por los hermanos Quintero. Obrillas tan ligeras de música como de ropa, á propósito para que las triples luzcan más las notas de pecho ó de pechos que las de garganta, exposición de femeninas redondeces, tangos aderezados con chistes picantes y movimientos provocativos, es todo lo que como novedad nos presenta el teatrillo del callejón de San Ginés.

Estas obrillas nos ofrecen un fenómeno bastante curioso, y al hablar de fenómenos no me refiero á las artistas que allí trabajan, que todas ellas son guapas y gentiles; el fenómeno á que me refiero es el siguiente: se estrena una obrilla cualquiera, el público la grita... Mas ¿qué importa? La empresa no sólo no la quita, sino que la representa dos veces en una misma noche... Al que no quiere caldo... Y lo raro es, y aquí aparece el fenómeno, que después de una serie de seis ú ocho representaciones, acompañadas de bastoneo, *pateo* y otras cultas manifestaciones por el estilo, la revista, sainete, zarzuela ó pieza bastoneada ó gritada, acaba por imponerse y figurar de tanda en el cartel por centenares de noches...

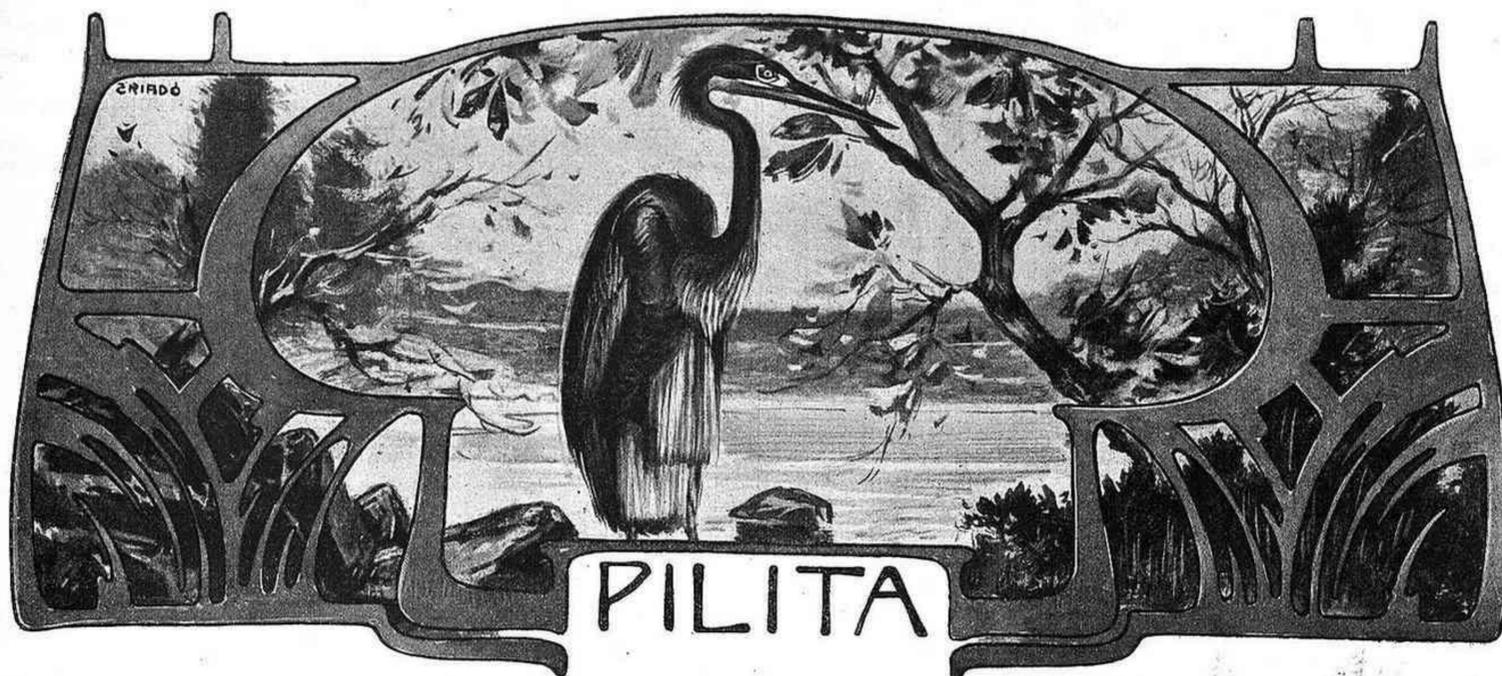
Esto ha sucedido, y sucederá sin duda, con la revista titulada *El respetable público*, obra de cinco ingenios, y en la cual hay un cuadro satirizando los melodramas comprimidos, ahora al uso, de no poca intención y gracia.

De otro género es la zarzuelita que como primicias de su talento teatral nos dió la otra noche en el teatro de Jovellanos el Sr. Sáenz, secundado por los músicos Sres. Guervós y Barrera. Aunque la obrilla del novel escritor tiene una cantidad de argumento infinitesimal, diluído en multitud de escenas en su mayor parte episódicas y cuya representación dura bastante más de una hora, es lo cierto que revela por parte del autor observación bastante exacta, desde el punto de vista cómico, de las costumbres y tipos malagueños. No le falta tampoco su poquito de poesía y, entre buenos y medianos, cantidad considerable de chistes.

Mientras los teatros de género chico procuran atraer el público - Eslava, como queda dicho, con sus *frescuras*, la Zarzuela con estrenos, el Cómico con melodramas y Apolo con obras de repertorio, - los teatros grandes preparan sus campañas de invierno, que, á juzgar por los anuncios, han de ser fecundas en emociones. La empresa del Real, armonizadas ya las diferencias que habían surgido entre el nuevo empresario y los profesores de la orquesta, propónese vencer el retraimiento del público; la compañía del Español revuelve museos y estudia antigüedades á fin de presentar sus obras con artística propiedad, y en la Comedia, con emulación digna de aplauso, se trabaja con entusiasmo verdadero á fin de responder al favor que el público de Madrid ha mostrado siempre hacia el lindo teatro de la calle del Príncipe. Ortega, por su parte, con una escogida compañía empezará pronto á funcionar en el antiguo teatro de la Alhambra, y Lara *destapará* muy pronto su elegante bombonera.

Como se ve por el anterior puñado de noticias teatrales, Madrid puede divertirse en grande durante la próxima temporada. La capital de España cuenta á proporción con más teatros que París. Lo malo es que en esto, como en todo, muchos son los llamados y pocos los elegidos. De temer es que muy pocas de las compañías que van á empezar sus tareas en la corte puedan subir la fatigosa cuesta de enero.

ZEDA.



Aunque al bautizarla le pusieron el simpático nombre de Pilar, era Pilar de las muchachas cuyas condiciones físicas y morales pedían una contracción, una modificación en el nombre; desde que sus ojos adquirieron expresión y cobraron sus labios las artísticas líneas que más adelante no hicieron otra cosa que agrandarse, siempre armónicamente, unos llamaron a Pilar *Pilita*, otros *Pila*, y su primer novio encabezaba sus cartas escribiendo: «Lita mía.»

La «variación» que prosperó fué la primera; Pilar fué desde la edad «del pavo» *Pilita*, diminutivo que, entre otras ventajas, tiene la inapreciable de evitarme el describir á quien lo llevaba, porque en *Pilita* nadie verá, seguramente, más que una niña lindísima, juncal, rubia, de ojos traviosos, boca fresca y diminuta..., el sueño de una tarde de mayo.

Hija de un coronel de caballería, no sólo tenía adoradores en la «vía pública», sino también en la privada, en su propia casa. Un ayudante de su padre, el coronel, estaba loco perdido por su coronelita, como él decía; y sabiéndolo los compañeros del enamorado oficial, hacían combinaciones para que éste fuera diariamente á recibir la orden del jefe del regimiento.

Un día, después de intentar, con diferentes pretextos, prolongar la estancia en el despacho del coronel, pues *Pilita* no concluía su lección de piano, despidióse el ayudante de su jefe en el preciso momento de escucharse las últimas notas del piano. Abrió la puerta del despacho y el oficial se encontró frente á *Pilar*. Los dos jóvenes se miraron con insistencia, saludáronse con el afecto acostumbrado, y mientras la muchacha entraba en la habitación de su padre, el oficial, emocionado, bajó las escaleras de la casa diciendo:

— ¡Sí..., venía corriendo! ¡Y me miró de una manera!.. ¡Pero qué reteguapísima que estaba!

Llegó al portal, y al ver en uno de la acera de enfrente á un joven muy peripuesto y mirando al balcón del despacho del coronel, recibió el ayudante de éste como un latigazo en el corazón.

— ¿Qué hará ese mequetrefe ahí?, se dijo. Y sin atreverse á mirar á los balcones de la casa de *Pilita*, se dirigió al cuartel, envuelto su pensamiento en un mar de confusiones.

Al recogerse por la noche *Pilar* en su dormitorio y mientras daba vuelta á la llave que permitía se iluminara de resplandores color de rosa la estancia, exclamaba la joven:

— Santiuste (el oficial) me quiere y á mí no me disgusta, ni mucho menos..., pero ese muchacho que se pone en el portal de enfrente es tan constante, viste tan bien... ¿Quién será?

El coronel ascendió á general y más tarde fué nombrado gobernador militar de una capital de provincia.

En las fiestas que daba el capitán general, *Pilita* era la muchacha que más lucía, la más linda, la más obsequiada, proporcionando no pocos disgustos «tanta monería» á la capitana general, cuyas hijas eran unos retacos muy cursis y á las que apenas hacían caso los tertulianos.

Durante esta etapa, el encanto de los salones tuvo sucesivamente varios novios; pero al llegar al cuarto quiso sostener relaciones con un comandante de artillería y el hijo de un opulento banquero, y la broma terminó en tragedia. Al conocer su desgracia el enamorado paisano se disparó un tiro en la cabeza «cabe los muros» de la infiel, y el militar pi-

dió, echando bombas, su traslado á Cuba, en donde murió del vómito. *Pilar* abandonó los salones durante una breve temporada; pero su reaparición excitó tanta curiosidad y fué tal el efecto que su ángel produjo en la capitanía, que todos la perdonaron, y aquella misma noche trastornó el seso, con su charla de pájaro enamorado, á tres ó cuatro jóvenes, todos los cuales, independientemente, claro está, prometieron comenzar el asedio.

Al siguiente día se encontraron dos pretendientes en la calleja á la que se abrían algunos balcones de la casa de *Pilita*, y aunque eran amigos los *osos*, tras muy breves palabras, las bastantes para convencerse ambos de que los dos buscaban los quereres de la misma dama, la emprendieron á bofetadas. Llegaron amigos de los dos galanes, obligáronles á estrecharse la mano y reanudar la amistad brevemente interrumpida por sendos moquetes, y á los pocos momentos, repitiendo cada cual palabras de *Pilar*, embozadas promesas hechas á los dos, ambos decidieron ir á un café para celebrar el haberse convencido de que la causante del disgusto era una coqueta.

Al conocer á los pocos días el suceso la mamá de *Pilita*, se encaró con su hija para decirle casi irritada:

— Pero ¿qué te propones hacer, chiquilla? Ya me tienes loca con tus noviajos; cada cuatro días ronda la calle uno nuevo y con ninguno te conformas... Pues deja pasar esta época de encantos y verás cómo te sucede lo que á la garza de una fábula de... no sé quién, que después de despreciar las truchas que se ponían al alcance de su pico, tuvo, al fin, que contentarse con un caracolillo que encontró medio escondido bajo una pedruzuela del arroyo...

Pilita rió mucho el lance de la garza; pero buena estaba ella para tales filosofías en aquellos momentos.

Indecisa ante un tremendo problema que tenía que resolver, no pensaba en otra cosa que en encontrar la fórmula, que no aparecía por parte alguna.

Por tercera ó cuarta vez hallábase indecisa, sin saber á quién preferir. Dos distinguidos jóvenes la asediaban en todas partes, requiriéndola de amores, y á los dos había dicho, en un baile, que pasasen por frente á sus balcones; pero á uno le indicó los que daban á la calleja antes mencionada y al otro los que se abrían á la fachada principal de la casa; mas tuvo la poca precaución de citarles para la misma hora: el anochecer.

El recuerdo de aquel pobre muchacho que se suicidó por su culpa atormentó todo el día á *Pilar*.

— Dios mío, lo que he hecho... Si se ven tenemos otro disgusto... Hay que evitarlo á todo trance.

Tocó el timbre, acudió la doncella, y al verla entrar en el gabinete, *Pilita* la miró atentamente.

— No, tú, no; di á *Eugenia* que venga.

La doncella que acababa de despedir era gordinflona y baja; no servía. *Eugenia* era más delgadita; no era su tipo, el de *Pilar*, claro está; pero en la obscuridad podía sustituirla.

Pilita, la espiritual *Pilita*, tuvo que confesarse á su cocinera. El caso era grave y no se sentía con ánimos para decidirse por uno de los dos pretendientes y ambos acudirían á la misma hora, con seguridad, y era preciso dividirse, tenía que atravesar el gabinete, donde estarían sus padres, para ir de un balcón á otro, y les chocaría, y además era un jaleo atroz.

Resolvió por fin que *Eugenia* se colocaría detrás de los cristales del balcón de la calleja, subida sobre unos estudios de piano, pues la cocinera no era gran moza, que no encendiera la luz, que se arregla-

se un poquito el tocado y que no dejase ver más que como una sombra. *Pilita* se encargaría del balcón de la fachada.

Todo salió á pedir de boca; los dos enamorados jóvenes permanecieron como unos tontos largo rato mirando al respectivo balcón y tropezando con cuantos transeuntes seguían camino opuesto al suyo.

La atolondrada muchacha abrevió la escena cuanto pudo, y prometió solemnemente decidirse por uno ú otro, consultando al corazón... ó á la cabeza... ó á la suerte, en último caso.

Pero á la cocinera le hizo gracia la pantomina que había representado y refirió todo lo ocurrido á los asistentes de casa; éstos se encargaron de contarlo á sus compañeros y éstos á sus amos, y los dos distinguidos aspirantes á la blanca mano de *Pilita* la dieron el primer disgusto presentándose cogidos del brazo frente al balcón de la alocada joven, pues aunque no de los primeros, llegaron á saber el triste papel por ambos inconscientemente representado.

Ese triste papel hizo descender considerablemente el papel-*Pilita*, en el preciso momento en que sentía deseos de ser formal.

El gobernador militar vióse al fin precisado á solicitar su traslado para otra plaza, y el cambio de clima despertó alifafes antiguos, muriendo el general, sin haber logrado su aspiración constante: ver á su hija casada con un hombre formal.

¡Pobre *Pilita*! De aquellos esplendores, de aquellos bailes en los que el carnet suyo se cubría de nombres antes del preludio del primer vals, de aquellas combinaciones que despertaban fiebre en la gentil cabeza de aquel primor de salón, sólo quedaban los caprichosos trajes, chafados, los *carnets* con los nombres de los admiradores, varios retratos de *Pilar* en traje de Carnaval, muchos recuerdos y una paga muy reducida de viudedad...

«Y la garza comenzó á mirar con afán á través de las cristalinas aguas del arroyo y ya no veía truchas, sólo, sí, pececillos pequeños, cada vez menores...»

La viuda del general y su hija abandonaron la localidad en donde el sol, brillante un día, se ocultara entre celajes, y en el reposo de una más silenciosa capital de provincia despertó *Pilita* de su sueño..., viendo un día, en la acera de enfrente á sus balcones, un joven que la miraba extasiado, que aún poseía la niña mimada seducciones, aunque algo ajadas por la mayor de las tristezas, la que nace del desencanto.

Enteróse *Pilar* de quién era el pretendiente; un modesto, pero digno funcionario del Ayuntamiento, con dos mil pesetas de sueldo.

En sus soledades derramó algunas lágrimas recordando épocas que ya no podían reproducirse; pero al considerar que si él, el empleado, supiese lo del suicidio y sus coqueterías sería posible que desistiese de aceptar una cabeza tan ligera, procuró, después de corresponderle, abreviar todos los preparativos de la boda, porque la hubo, con sus lagrimitas en el hombro de mamá después de la ceremonia, lagrimitas que madre y novio interpretaron de bien distinta manera...

— Desde entonces, nos dijo el amigo que refería esta sabrosa historia, he encontrado en la sociedad varias *Pilitas*, á las que bautizo con el nombre genérico de *Heron*, recordando á mi amiga *Pilar* y la hermosa y filosófica fábula del gran Lafontaine.

FIDEL PÉREZ MÍNGUEZ.

(Dibujo de Triadó.)

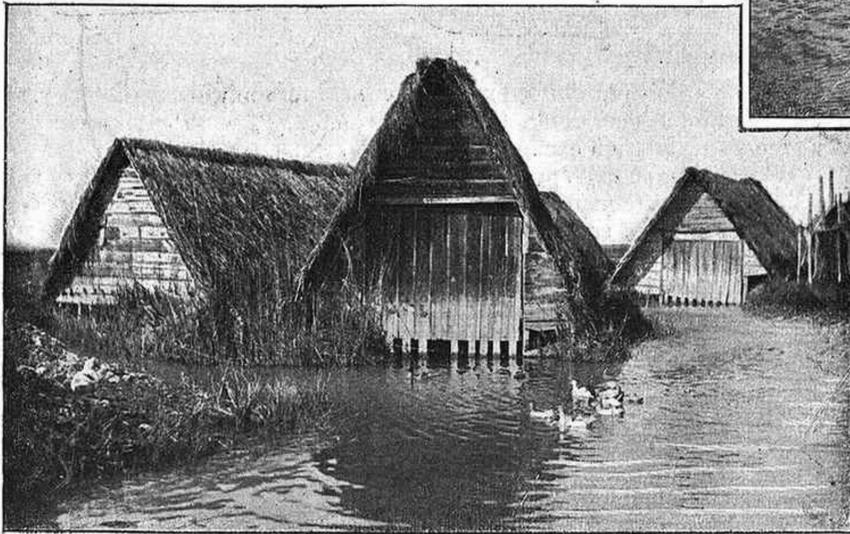
ALREDEDORES DE VALENCIA

UNA EXCURSIÓN A LA ALBUFERA

No es mi intención describir el famoso lago, ni científica ni siquiera geográficamente. Desconocía estos alrededores de mi país natal, y antes de abandonarle nuevamente decidí hacer un viaje por estos parajes que tanta nombradía tienen; pero faltábame un práctico que me guiara para no ir al azar por entre bancales de arroz y marjales peligrosos, y enterados algunos amigos de mi propósito, entusiasmáronse con mi idea y se propusieron acompañarme, convirtiéndose de este modo mi visita de observación y estudio en excursión amistosa y alegre.

Nos reunimos hasta siete, todos muchachos jóvenes, menos D. Juan, quien nos servía de práctico y al que le dimos, por unánime acuerdo, el honroso cargo de director de la expedición, con lo cual marchaba nuestro hombre ufano y satisfecho. Él nos dió las necesarias instrucciones; él lo dispuso todo, y obedeciéndole sumisos, á las seis de la mañana estábamos acomodados en los asientos de una diligencia que aguardaba en la calle de Ruzafa.

Los tres caballotes que arrastraban el repleto vehículo iban trotando por un suelo llano ya y sombreado por doble hilera de chopos que alargaban á veces la simétrica distancia que los separaba, para dejar



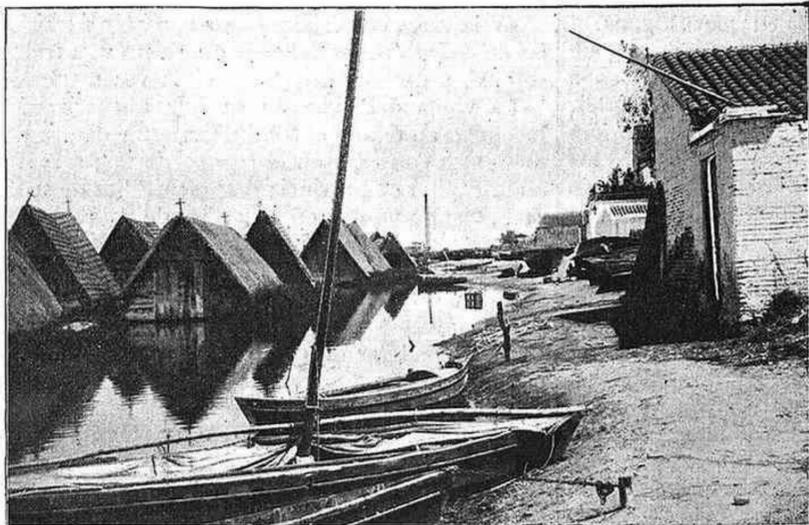
LA ALBUFERA DE VALENCIA. - Últimos viveres cercanos al lago

lugar á pocas casas y bastantes barracas. Al tiempo que avanzábamos, noté que el camino se animaba con el movimiento de la vida que despierta.

Se abrían las puertas de las viviendas, y las hacendosas huertanas, aún impresas en sus ojos las huellas de la pasada soñolencia, luego de barrer bien el trozo que les pertenecía, lo regaban con media calabaza hueca, ajustada á un palo largo que les permitía sacar el agua de la acequia y verterla sobre la tierra polvorosa sin inclinar el cuerpo. A derecha é izquierda se divisaban los campos de arroz medio ocultos por los árboles que orillaban la carretera señalando su curso; pararon al fin los caballos, echamos pie á tierra y nos encontramos en el embarcadero del *Pont de Peransa*. Allí comenzaba el canal.

Había muchas barcas de diferentes tamaños, todas con la quilla plana para poder navegar en poco fondo, amarradas algunas, varadas en las orillas la mayor parte.

El tío *Tropes* nos aguardaba con la suya, que era de las mejores; nos embarcamos en ella, y *Tropes* y su hijo empuñaron las perchas, hincáronlas en el fondo fangoso de las aguas, y al impulsó recibido, la rústica góndola ennegrecida con brea se deslizó lenta canal adelante.



LA ALBUFERA DE VALENCIA. - Viveres en las riberas del Palmar

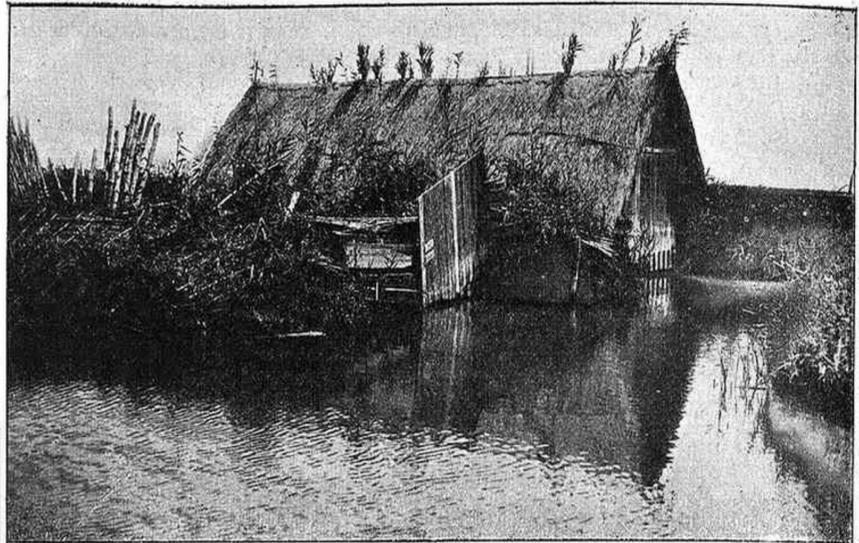
La Albufera, cuyo nombre es una corrupción del árabe *Al-Bugira*, que significa el lago, ha dado origen á versiones equivocadas.

Un antiguo cronista asegura que «Ecneo Scipión, después de labrada la ciudad, hizo un estanque para mejor provisión de la tierra, al que los moros llamáronle después Albufera, donde se crían pescados, entrando en cierto tiempo de la mar, y es lugar de gran pasatiempo, por las muchas aves que en esta laguna se crían y están todo el tiempo frío hasta que viene el calor. Hállanse Gallinas marinas, que por acá llaman *Fojas*; Gallos marinos de muy lucido color azul todas las plumas y el pico y pies vermejos; Flamencos, que son unas aves grandes, blanquísimas, con algunas plumas encarnadas de un color ardiente, que hacen muy lindo parecer, y, en fin, muchos géneros de aves extrañas. Hizo esto

Scipión, á la forja que en Nápoles é Italia se hallan muchos de estos estanques.» (Beuter. Crónica general de toda España y especialmente del reino de Valencia. Lib. primero, cap. xvii.)

Y aún podría citar otros datos que, si despiertan interés, no valen la pena de ser consignados, puesto que todos falsean la verdad.

No hay nada de artificio; la extensa laguna, obra exclusiva de la naturaleza,



LA ALBUFERA DE VALENCIA. - Un viver junto al bosque de *senill*

sirve de desagüe á la vasta llanura que riegan el Júcar y el Turia al Mediodía de Valencia.

Por espacio de una hora navegamos en un canalizo estrecho, contemplando el uniforme panorama de los campos de arroz, que se pierden en la lejanía hasta confundirse en el horizonte; y como la medrada vegetación oculta el agua de los canales inmediatos, cuando alguna barquichuela pasa por ellos parece que surca los mismos arrozales ondeados al suave impulso del viento. Las amarillentas espigas, dobladas al peso de la sazón más robusta, aclaran el verdoso color de la planta, que desaparece en el inmenso charco del marjal.

A este tiempo llegamos al Saler, centro de la casa donde se distribuyen los *puestos*. Es un caserío en el que antes entraba el agua, pero que en la actualidad se encuentra sobre tierra seca, y tiene á sus espaldas la verde pinada de la Dehesa, que separa la laguna del mar. Desde el Saler conducen los barqueros en botes á los cazadores, en la época de las tiradas, para ocupar sus *puestos* y estar preparados cuando comienza el amanecer. El *puesto* es como medio tonel sujeto con estacas plantadas en el lago y cubierto con hierbas, entre las que se oculta el cazador. Por delante flotan los fingidos y traidores patos de corcho que atraen á sus semejantes de carne y hueso, y aunque la espera es penosa y molesta, bien se recompensa cuando, á los resplandores del alba, suenan los primeros disparos que animan el espacio y siembran el pánico en las compactas bandadas de aves que, llenas de aturdimiento, ruedan al agua heridas por los mortíferos perdigones.

El canal por donde se deslizaba á fuerza de perchazos nuestra barca, se fu-



LA ALBUFERA DE VALENCIA. - Viveres en las riberas del Palmar

sionó con la acequia del Oro, que conduce á Alfafar, aumentando su amplitud; el viento soplaba suave, izaron la vela, que se hinchó al instante, y la marcha fué desde entonces más rápida.

A nuestra derecha se percibía el diminuto panorama de Sollona, Sueca, Cullera, Játiva y Catarroja.

Los *parots* y *maroteles* ó caballitos del diablo no cesaban de pasar zumbones, animando la vista con sus aletas transparentes y sus cuerpos larguiruchos de subido color rojo ó verde. Pasamos bordeando la *mata del fané*, extensión fangosa que mantiene espesos bosques de *senill* (carrizo ó caña vera), foco de paludismo, donde aseguran que se reproducen los ánades. Alguien ha tenido la desgracia de caer en sus riberas y fué absorbido por la gredosa arcilla, en la que se hundía cuanto más se esforzaba por salir.

Aún continuaba la *mata* cuando entramos en el lago, amplio y hermoso; al volver, y siéndonos favorable el viento, tardamos dos horas en cruzarle.

A más de mediodía llegamos al Palmar. Es una isleta cuando suben las aguas de la Albufera, y pequeña península cuando descienden. En él hay un número muy reducido de casas y bastantes barracas, redondas por un lado y todas enjalbegadas con blanca cal; allí se dedican á la pesca, como en el Saler



EN EL HARÉN,

copia de un cuadro de Federico Bridgman

á la caza. En las riberas del canal tienen los pescadores los *vivers*, especie de barracas casi á flor de agua que hacen las veces de depósitos donde conservan en grandes banastas de caña las verdosas y escurridizas anguilas que no cesan de retorcerse. Allí desembarcamos y comimos, y terminada nuestra comida, volvimos á nuestra barca cuando ya comenzaba á declinar la tarde. El viento no era suficiente para hinchar la vela, y como navegábamos por un canal estrecho cuyas orillas eran de tierra firme, nuestro buen *Tropes* desde una de ellas arrastraba la barca tirando de la cuerda que se anudaba en la proa, consiguiendo más rapidez con menos fatiga; pero á poco tuvo que volver en compañía nuestra, porque se ensanchó considerablemente el canalizo.

El espectáculo del paisaje me sugestionaba; ya no me acordé de que iba acompañado, y tendiéndome á lo largo de la popa, me abismé en su contemplación. El círculo de fuego que iba cayendo como un globo incendiado sobre el diminuto caserío de la lejanía, luchaba por seguir iluminando la tierra, y en su impotencia, sólo lanzaba resplandores vivísimos, hiriendo y ensangrentando con la luz de sus rayos rojizos los celajes que se interponían. Como un nublado que avanza, iban aproximándose las sombras, en las que surgía la luna por la parte contraria á la que moría el sol, bañando el lago con su luz suavísima que, al tamizarse por el *senill*, llegaba como lluvia multicolor á las cristalinas aguas de la ancha boca por donde el lago se comunica con el mar junto al Perelló.

¡La luz y las tinieblas frente á frente! ¡Eterno combate ó infinito convenio de la naturaleza! Todos los días al amanecer vence la luz y al atardecer las sombras.

Éstas cada vez se acercaban más densas con la bandada de murciélagos, heraldos de la noche que á poco dominaba completamente, haciendo resaltar con mayor brillo el boquete de luz que la luna figuraba en el cielo y la serpentina noctiluca que se retorció sobre las ondulantes aguas.

Después de cenar en el Perelló, pasamos la noche en el vientre de la barca. Al despertar por la mañana siguiente, nos dirigimos hacia el mar, cuyo rumor cercano escuchamos la noche anterior; el sol aparecía en lontananza; aquellas playas no podían ser más tranquilas. Como el potente respirar de un pecho gigante, levantábanse blandas montañas de agua que descendían para volver después á elevarse, pero tan suaves, que ni espuma conseguían formar. En una barraca, construída con cañas y abandonada en la arena, dejamos nuestras ropas y nos lanzamos al agua, que nos recibió en su tibio seno.

Y... en fin, al mediodía regresamos al Palmar, porque cambió el aspecto del cielo y amenazaba tormenta. Serían las cinco de la tarde cuando, esperando la diligencia que había de conducirnos á la capital, cayeron las primeras gotas, y al abandonar el embarcadero del *Pont de peransa*, el viento de Levante, acumulando nubes, azotaba la tierra con lluvia copiosa. Al poner pie en Valencia, el aguacero había encharcado las calles que, cristalizadas, devolvían el recorte de las imágenes como espejos empañados.

JULIO DE HOVOS.

Valencia, septiembre de 1902.

LA VIDA SARCÁSTICA

I

Teodoro, el apasionado bohemio de la armonía, el hombre niño de mundo, el gran romántico de la juventud artista, desde que conoció á Rafaela, sola y triste en la Moncloa, puede decirse que halló una idolatría más; antes de eso solamente tenía una: el violín, su íntimo, su alma, su sentir, su todo: luego,



PAN, pintura decorativa para un órgano, obra de Miss Anita McLeish



ORFEO, pintura decorativa para un órgano, obra de Miss Anita McLeish

Y el amor entre los dos llegó á ser colosal. Llegaron á quererse con el frenético delirio de las más grandes pasiones legendarias. Sus momentos de hambre, de rabiosa lucha con la vida, de esa lucha cuerpo á cuerpo y alma á alma que sostienen, atléticamente en el mundo los desheredados de los dioses, eran momentos divinos, angélicos, blancos: sus cuerpos iban atravesando la tierra por una senda de espinas; es verdad, ¡pero sus almas andaban sobre una alfombra de flores!

Las dos Grandes Vías de la tierra: la del Amor, la del Dolor...

II

Una infame tarde de invierno en que Rafaela, ya al ennegrecerse el cielo, al apuntar la noche, salía del establecimiento de la Carrera de San Jerónimo en donde de día trabajaba, sintió que una racha de ventisca traidora del Guadarrama se le coló por los labios y la envolvió en un escalofrío espantoso.

Teodoro no había ido aquella tarde á esperarla, como de costumbre, y la niña, además de la gran pesadumbre moral que la falta de su amado le produjo, llevaba en la mente un problema prosaico y aplastante que la abrumaba: la carencia de recursos. Con motivo del fallecimiento del dueño de la joyería, no había podido cobrar la semana, y como sus atrasos eran muchos y grandes, aquella noche ni cenar podría. El tendero de comestibles no fiaba ya absolutamente un céntimo.

Todas estas cosas, de un peso poderoso en el alma de un hombre de mundo, pesaban en el espíritu de la desdichada niña como un problema formidable. Aquella noche se acostó muertecita de debilidad y de frío, y al día siguiente se despertó con una fiebre de horno.

¡Estaba mala! Tosía mucho; le dolía el pecho; las sienes le martilleaban...

¡Bah! Quiso no hacer caso. Cogió una joya, la gamuza, las tiras y empezó á trabajar apenas salió de la cama. Pero pronto sintió que le flojeaba la muñeca, que le daba fatiga, que le aumentaba el dolor de la espalda y que se desvanecía..., y cayó sobre la silla, quejándose y llorando.

«¡Pobre de mí! — pensaba. — Solita, enferma... Teodoro no viene... Sin nadie en el mundo...»

Llamó á la portera, que refunfuñando subió; se acostó Rafaela, y cuando llegó el médico de la casa de socorro, dispuso que la joven, en vista de su gravedad y carencia de parientes y recursos, pasase al hospital aquella misma tarde.

III

Teodoro, cuando á la noche, extrañado de no verla, fué á casa de Rafaela y supo la amarga novedad, sintió en el alma la oleada de dolores arrolladores propios de las grandes tormentas de la vida.

— ¡En el hospital!, dijo con terror.

Salió, anduvo, gestionó, y á los dos días, ¡dos siglos!, consiguió la gracia extraordinaria de visitar á la enferma.

La entrevista fué culminante. Teodoro llegó de puntillas; le cogió la mano; la besó; notó ardor terrible en los labios y se le saltaron las lágrimas. Rafaela al contacto del beso, abrió los ojos: estaban cargados, brillantinos; como diamantes negros. Sonrió tristemente mirándole, y le dijo con voz como un susurro:

su querido arte compartió el tálamo dorado de sus grandes ensueños con el cariño de la pobre niña.

Teodoro y Rafaela se comprendieron, se compenetraron; sus cuerpos y sus almas habían nacido para pertenecerse mutuamente; los dos eran solos en el mundo, huérfanos y jóvenes, y la desgracia, la casualidad, la ola de la vida, los desposó en el misterio. Ambos se amaron pronto locamente, y como los dos eran pobres, obreros artistas, niños idílicos y luchadores de la tierra, la compenetración íntima de sus afecciones fué tan sólida, que sin llegar á caer jamás en el prosaísmo de la posesión ilegal, compusieron un lindo maridaje de almas, digno tan sólo de un tálamo sagrado.

Él tocaba en un café de la calle de la Luna; ella era bruñidora de alhajas; y así como las notas musicales al pasar por las cuerdas del violín de Teodoro se clarificaban y brotaban sublimes, así las joyas de brillantes que bruñía Rafaela en los nocturnos solitarios y tristes de su buhardilla salían de entre sus dedos, pequeñitos y blancos, facetando como soles.

- Ya lo ves: malita. Quedó de nuevo amodorrada por la fiebre. Él la envolvía en su mirada de amor inmenso, como en un foco de cariños colosales. A poco ella volvió á entreabrir sus párpados, blancos como cascarillas de nácar, y le dijo de nuevo con voz sutilísima:

- ¿Dónde has estado? Teodoro, para animarla, le contó la verdad.

- Perdóname; ha sido el único día; pero ¡si tú supieras! Un famoso médico, una eminencia, que me oyó ayer tocar, quiso contratarme para una fiesta en su casa: fuí y produjo mi violín una mágica influencia poderosa: todos se pusieron de pie para aplaudirme: un diplomático costeará en adelante mi educación artística; entonces..., entonces que ya estarás tú mejorcita..., ¡nos casaremos!..

Ella le apretó la mano con mucho cariño. Y contestó como un eco lejano:

- ¡Nos casaremos!.. Sus miradas se dormían una en otra. Algo incognoscible las eslabonaba.

Vino el médico, separó á Teodoro á la fuerza y...

Cuando salió á la calle, aturdido, entontecido, tenía fiebre también. ¡Hay miradas que asesinan!

IV

A los dos días Rafaela murió. A Teodoro no le permitieron ni ver el cadáver. El alma la sentía el pobre bohemio desgarrada á girones.

Precisamente aquella noche tenía el joven que asistir á un gran concierto en casa del famoso doctor, dado únicamente en honor suyo, para revelar al mundo dorado de los laureados artistas.

- ¿Qué hago, Dios mío?, se preguntaba llorando como un niño, pensando en sus amores muertos, en su gloria sarcástica, en su necesidad de asistir... Porque, sí; tenía necesidad de asistir forzosamen-

Fué presentado á la infanta. Empezó el concierto: cogió el artista el violín y arrancó de él una melodía inmensa, divina, de una grandiosidad apocalíptica: las notas, limpias y cristalinas, surgían del arco mágico como ritmos encantados; sentíase latir una alma femenina entre el cordaje sutil del instrumento: ora estallaba el rumor como un beso pasional de tálamo, ora brotaba opaco y hondo, finísimo y dulce, como un suspiro misterioso... La música y el genio forman simultáneamente, al desposarse, una nupcia de amores maravillosos.

Cuando acabó el artista sonó una ovación formidable. Todos, en pie, aclamaban al joven. Él sintió entonces una oleada homicida de ilusiones que le subían á la garganta, una congoja que le asfixiaba...

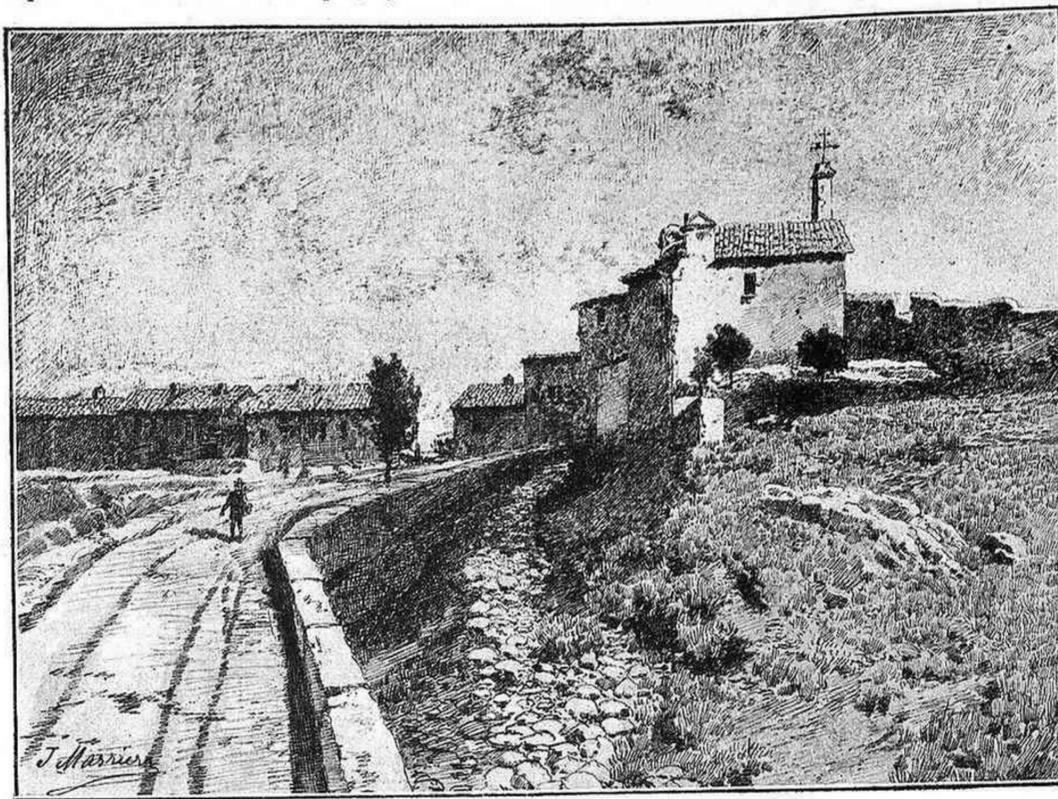
Agarrándose á los amigos salió del salón, fué al buffet, y allí, arrinconado y solo con sus dolores inmensos, dió rienda suelta al llanto, á las congojas, á la tragedia...

VI

Cuando reapareció en el regio salón del concierto, iba abotargado, convulso, tambaleándose. Volvió á pulsar su querido violín, la caja misteriosa de sus poemas, y se hizo de nuevo el silencio. Pero en lo más hondo, en lo más trágico del poema, Teodoro sintió un baido y cayó al suelo como una mole: abrazado convulsamente al violín. Y un sportman del concurso, levantándole y riéndose, exclamó en son de mofa:

- Estos artistas son incorregibles. ¡Excesos del buffet!

FRANCISCO DE LA ESCALERA.

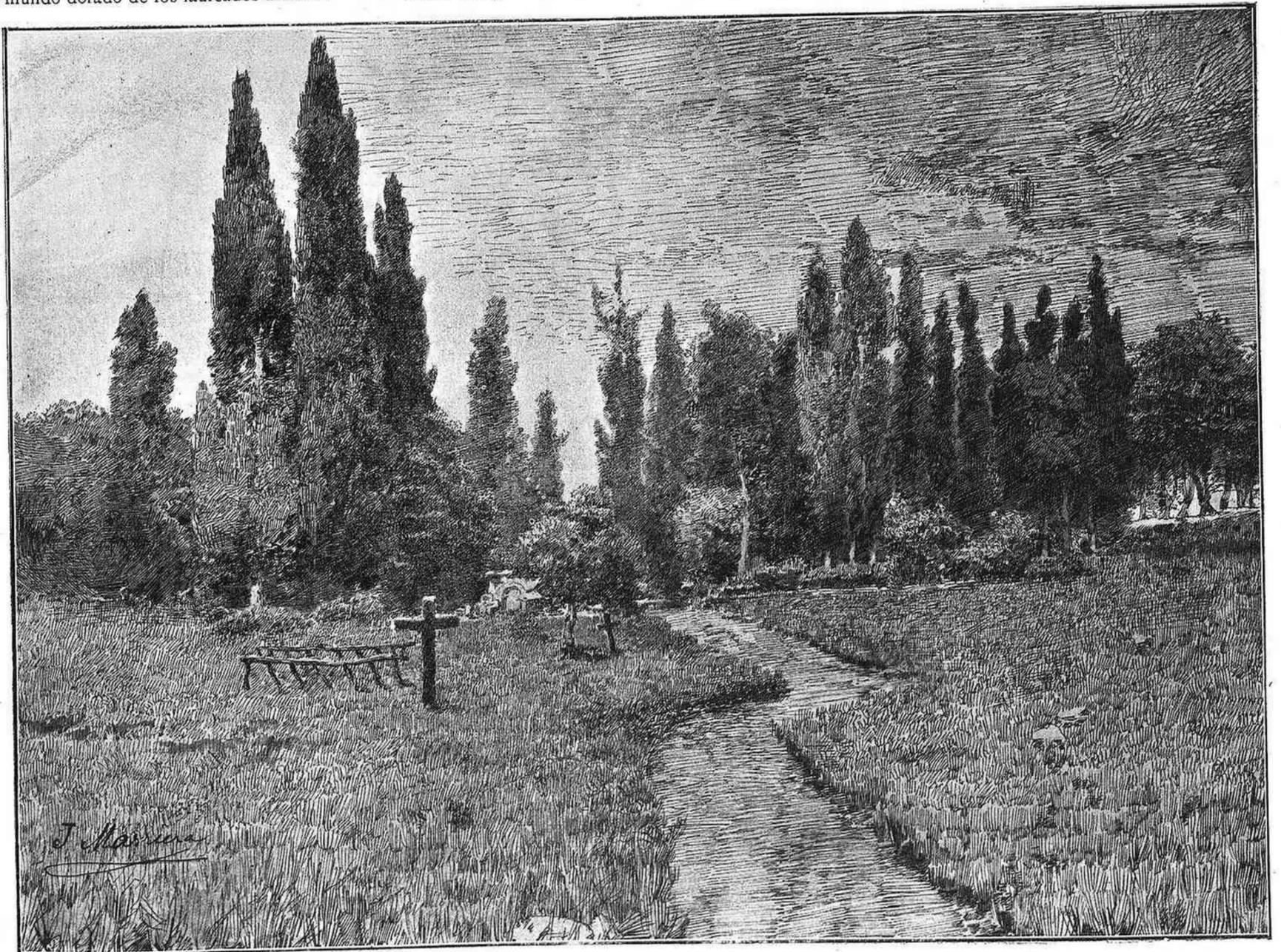


Recuerdo de Caldas de Malavella, dibujo original de José Masriera

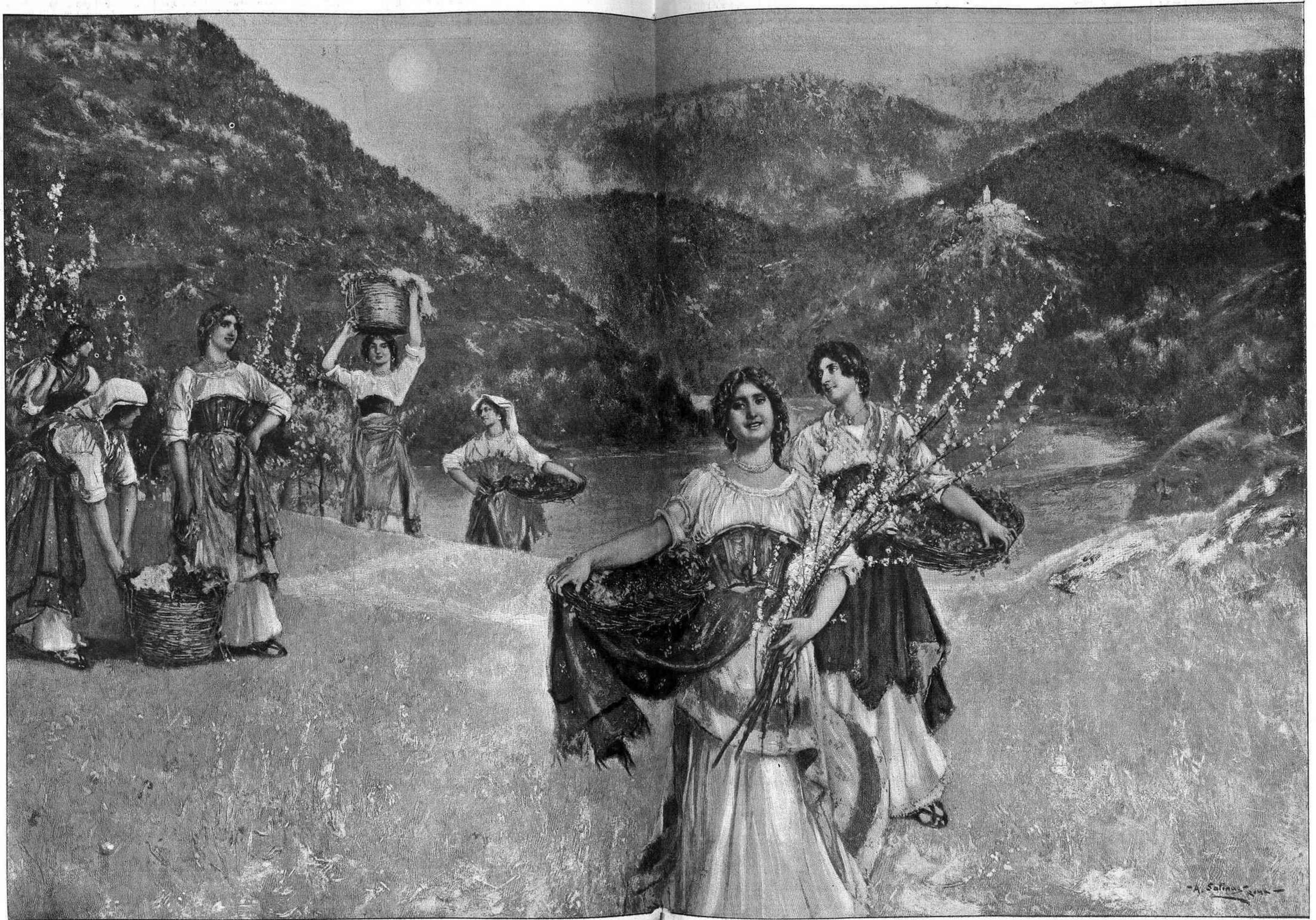
te al concierto. Iba la infanta, la alta crítica, la aristocracia; de allí dependía su carrera; además, si no asistía, no tendría ni dos pesetas para comprar una corona para la muerta; ¡y él quería comprar la corona, llevársela él mismo al campo santo!.. Y asistió.

V

Los salones, regios, solemnes. Todo el Madrid dorado y grande llenaba el hotel. Teodoro entró y sonó un aplauso.



El cementerio de Perpiñán, dibujo original de José Masriera



ATEO DE
BIBLIOTECA
MADRID

FLORES CAMPESTRES, CUADRO DE A. SALINAS

NUESTROS GRABADOS

La cuna vacía, cuadro de Andrés Solá y Vidal.—Al ocurrir el fallecimiento del que fué artista meritísimo y amigo querido Andrés Solá y Vidal, quiso el Círculo Artístico honrar su memoria, organizando una exposición de algunas de sus producciones. En sitio preferente destacaba la obra que reproducimos, la última que ejecutó aquel pintor distinguido, en la que se retrata de modo admirable su especial manera de ser, y se revela el delicado sentimiento que rebosaba en su alma noble, la que sólo alentaba por los verdaderos ideales del arte. El concepto á que dió fama el malogrado artista, hállase expuesto y representado con extraordinaria simplicidad, y sin embargo impresiona hondamente, porque existe en la producción un raudal de sentimiento, el más santo y sublime de todos los afectos, el mayor de los desconocidos. Faltos de otro medio, séanos lícito tributar al artista este testimonio de la consideración que nos mereció y un recuerdo á su buena amistad.

En el harén, cuadro de Federico Bridgman.—El artista tiene un talismán de poder maravilloso que abre las puertas más sólidamente cerradas y le permite penetrar en los lugares mejor defendidos contra las asechanzas ó la curiosidad humanas: este talismán es su imaginación, gracias á la cual con los elementos que la observación directa le ha proporcionado, puede reconstruir escenas de los más remotos tiempos, componer creaciones que sólo en la fantasía tienen vida ó reproducir gentes, sitios y costumbres jamás vistos por él. Preciso es, sin embargo, para que tales composiciones produzcan el debido efecto, que el pintor sepa utilizar los elementos de que antes hemos hecho mérito, que su obra corresponda perfectamente al pensamiento que en ella ha presidido, que exista, en suma, una verdadera armonía entre la índole del asunto y los medios empleados para darle forma en el lienzo. Tal sucede en el cuadro de Bridgman: quizás si pudiéramos ver con nuestros propios ojos lo que el artista ha querido representar, encontraríamos notables diferencias entre la realidad y la obra de arte; pero es innegable que ésta responde á la idea que de un harén y de las odaliscas tenemos formada; pues, de una parte, los motivos ornamentales se ajustan exactamente al estilo de la decoración oriental, y de otra, esa figura interesante que anima aquella misteriosa estancia tiene toda la expresión de resignada melancolía, reflejo de la añoranza que deben sentir las infelices mujeres allí recluidas.

Orfeo.—Pan, pinturas decorativas de Miss Anita McLeish.—La pintura decorativa, para llevar cumplidamente su fin, debe reunir ciertas condiciones de amplitud y de vigor distintas de las que en otros géneros pictóricos se requiere. El artista ha de atender en ellos más al conjunto que á los detalles, acentuando la nota que mejor responda á la idea representada, y teniendo en cuenta sobre todo el lugar y el objeto á cuya decoración ha de servir. La reputada pintora inglesa Miss Anita McLeish ha demostrado conocer perfectamente las exigencias de esta clase de obras y disponer de recursos, así de imaginación como técnicos, para satisfacerlas: sus dos figuras mitológicas, ambas relacionadas con la música, están bien concebidas y trazadas con firmeza, y el medio en que se nos presentan armoniza con el carácter de cada una de ellas.

Cartel artístico, original de G. Viollier.—Gran renombre se ha conquistado como cartelista el pintor suizo



CARTEL ARTÍSTICO, original de G. Viollier

Viollier, y á juzgar por la obra que adjunta reproducimos, su celebridad está perfectamente justificada, pues en ella se advierten todas las condiciones que se requieren para que el cartel responda á los fines á que ha obedecido la creación de esta especialidad artística. Aparte de su labor individual, Viollier ha sido uno de los que más han contribuido en su patria á fomentar la afición á esta rama del arte fundando en 1899 en Ginebra la Sociedad suiza de Carteles Artísticos, de la que forman parte pintores notables y que recientemente ha celebrado una exposición en extremo interesante.

Planchas en relieve, obras de Yencesse.—Las cualidades distintivas de este artista son la sencillez y la delicadeza: en todas sus obras, incluso en sus retratos, consigue empuccionar profundamente con la sobria simplicidad de lo que pudiéramos llamar *mise en scène* y con la eliminación de todos los detalles superfluos. Yencesse generaliza lo accidental y convierte, por decirlo así, en símbolo cuanto pasa á su alrede-

dor; esto por lo que hace al fondo de sus obras. Y en cuanto á la forma, sus relieves ofrecen cierta vaguedad de líneas que contribuye poderosamente á aumentar la impresión de sus composiciones.



PLANCHAS EN RELIEVE, obras de Yencesse

Cementerio de Perpiñán.—Recuerdo de Caldas de Malavella, dibujos originales de José Masriera.—Tratándose de un artista que tan alto concepto merece, hasta el punto de que su nombre figure entre los primeros que honran al arte patrio, sólo nos cabe llamar la atención de nuestros lectores acerca de los dos hermosos dibujos que gracias á la galantería de su autor podemos reproducir en estas páginas. Ambos son testimonio fehaciente de su maestría, puesto que además de la habilidad que revelan, por lo que respecta á procedimiento son acabados estudios, verdaderamente exactos, que el artista ha avalorado, no concretándose á un simple apunte que le recordara sitios por él visitados que le impresionaron por su belleza y apacibilidad.

Flores campestres, cuadro de A. Salinas.—El nombre del autor de este cuadro, que ocupa lugar eminente en el mundo del arte contemporáneo, es bien conocido de los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, quienes en distintas ocasiones han podido apreciar la maestría con que Salinas trata los más diversos asuntos, poniendo en todos ellos su alma de artista enamorado, sí, de la verdad, pero de la verdad bella, de esa verdad que la naturaleza nos ofrece pródiga envuelta en la poesía más exquisita. *Flores campestres*, como todas las obras del celebrado pintor, es un dechado de bellezas que se admiran, no sólo en el conjunto de la composición, en ese grandioso paisaje de la hermosa Italia, sino en los detalles que la avaloran, en ese cielo de luminosas transparencias, en esos montes cubiertos de exuberante vegetación, en esas garridas mozas que regresan del campo cargadas de flores, en cuyos ojos negriscos brillan miradas de fuego, en cuyos esbeltos cuerpos se advierte la gracia de las razas meridionales y por cuyas venas corre una sangre ardiente que enciende en su pecho las más exaltadas pasiones.

Otoño, cuadro de Hann D. Holz.—Todas las estaciones tienen sus encantos especiales: risueñas las unas, como la primavera y el estío, melancólicas las otras, como el otoño y el invierno, hay en todas ellas elementos de belleza á propósito para despertar en nuestro ánimo la emoción estética, que lo mismo se produce ante el campo cubierto de flores é iluminado por los ardientes rayos del sol, que ante un paisaje nebuloso de árboles sin hojas sobre el cual se extiende un cielo de tonos grises. Esto sentado, cualquier artista que sepa sentir hondamente estos espectáculos naturales y tenga suficiente dominio de la técnica para trasladar con toda sinceridad al lienzo la impresión sentida, puede tener por seguro que obtendrá un éxito completo: así lo demuestra la obra de Hann D. Holz, que reúne todas las condiciones indispensables para causar el efecto que el autor se propuso, y que no es otro que transmitir á los que contemplan su cuadro la sensación agradable que él experimentara contemplando la realidad de la cual el cuadro es copia.

La fuente, cuadro de F. Petiti.—En el número último nos ocupamos de este celebrado pintor italiano que, enamorado de los paisajes de su patria, consagra casi exclusivamente su talento á trasladarlos al lienzo con cariño y maestría tales, que bien puede afirmarse que en sus cuadros pone toda su alma de patriota y de artista. *La fuente*, que hoy reproducimos, es de imponente belleza: aquel espeso bosque, cuyas sombras contrastan con las claridades del firmamento, aquellas rocas amontonadas en desorden, aquella fuente cristalina que por entre las peñas se desliza, son de un efecto admirable, formando un conjunto grandioso que justifica la fama de su autor.

Teatros.—El hijo del compositor italiano Ponchielli ha encontrado entre los papeles de su padre la partitura completa de una ópera por éste compuesta en 1879, titulada *Los moros de Valencia*.

—Camilo Saint-Saens ha terminado la música para la famosa tragedia de Racine *Andrómaca*.

Barcelona.—Se han estrenado con buen éxito: en Rómulo *Vocació de Sant*, comedia en tres actos de Pablo Parellada; en el Principal *Mi nuera*, comedia en tres actos arreglada del francés; y en el Eldorado *San Juan de Luz*, humorada cómicolírica en un acto y tres cuadros, letra de Carlos Arniches

y José Jackson Veyan, y música de los maestros Valverde (hijo) y Torregrossa. En el teatro Granvía actúa una compañía dramática italiana dirigida por la aplaudida actriz Blanca Iggus.

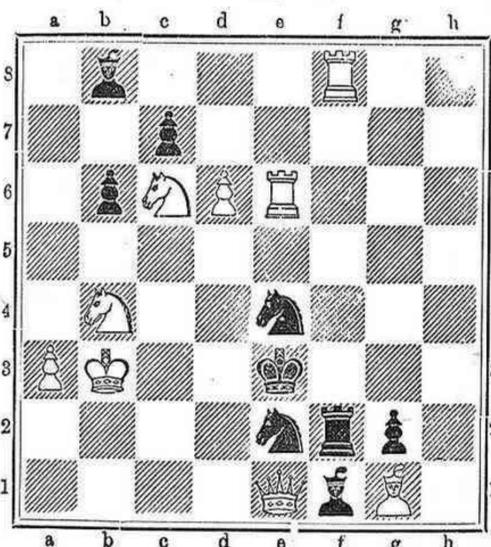
Las grandes artistas han adoptado, así para la ciudad como para el teatro, la **CREMA SIMÓN**, cuyo agradable empleo reemplaza ventajosamente al antiguo cold-cream; rehúsen las imitaciones:

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 297, POR M. FEIGL

Primer premio del Concurso de «La Stratégie», sección D.

NEGRAS (9 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y se hacen dar mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 296, POR E. PRADIGNAT.

- | | |
|----------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Ce 8 × d6 | 1. Re 5 × d4 |
| 2. Cd 5 — c7 | 2. Rd 4 — c3 |
| 3. Cc 7 — a6 | 3. Cualquiera. |
| 4. C ó D mate. | |

VARIANTES.

- | | |
|-------------------------|----------------------------|
| 2..... Rd 4 — e5; | 3. Cc7 — a6jaq., etc. |
| 2..... Rd 4 — e5; | 3. Cc7 — b5, etc. |
| Otra jugada; | 3. Cc7 — b5jaq., etc. |
| 1... Ce1 — d3; | 2. Cd5 — c7, D d1 — h1; |
| 2..... Re 5 × d4; | 3. De8 — h8jaq., etc. |
| 2..... Ab 2 × d4; | 3. Cc7 — b5jaq., etc. |
| 2..... Otra jugada; | 3. Cd6 — f7jaq., etc. |
| 1... Te2 — h2; | 3. D ó T mate. |
| 2. Cd5 — c3, Re 5 × d4; | 3. Ce3 — b5jaq., etc. |
| 2..... Cc1 — b3 ó d3; | 3. Td4 — d5jaq., etc. |
| 2..... Dd1 — f3; | 3. De8 — e5jaq., etc. |
| 2..... Otra jugada; | 3. De8 — e5jaq., etc. |
| 1... Ab 2 × d4; | 2. Dc8 — f8, Ad4 × b6jaq.; |
| 1... a3 — a2; | 3. Ra7 × b6, etc. |
| Otra jugada, | 2. Dc8 — h8jaq., Re5 × d6; |
| | 3. Dh8 — f8jaq., etc. |

VÍA LIBRE

NOVELA ORIGINAL DE E. WERNER. - ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONTINUACIÓN)

- Sí, cuando se habla bruscamente se inspira confianza, ya lo sé. Pero volvamos á nuestro tema: ¿quiere seguir mis prescripciones, sí ó no?

- ¡Sí, señor! Estoy dispuesto á hacer cuanto usted me diga... ¡Si supiera usted lo que he sufrido en estos últimos días!

- Esto es efecto de las salsas y de los guisados.

- ¿Y el ahogo? ¿Y los vértigos?

- Efecto de su buena cerveza, Sr. Willmann. Oiga usted, si quiere formalmente curarse, suprima la cerveza, limite la comida á lo estrictamente necesario y á las formas más sencillas y...

Y siguió enumerando una lista de prohibiciones que aterró al pobre posadero.

- ¡Pero señor doctor! ¡Esta es la cura por el hambre!, exclamó lloriqueando. Estoy seguro de que me moriré si sigo ese régimen.

- ¿Prefiere usted morir víctima de su profesión? Por mí, haga lo que quiera, pero déjeme en paz.

El enfermo dió un suspiro que parecía arrancado de lo más hondo de su corazón, cruzó las manos sobre el vientre, levantó los ojos hacia el techo... y cedió á las genialidades del doctor.

- ¡Si así lo quiere Dios, así sea!, murmuró hondamente conmovido.

El doctor le miró fijamente y le preguntó de pronto:

- Sr. Willmann, ¿tiene usted algún hermano?

- No, señor, soy hijo único.

- ¡Es extraño! Me ha sorprendido encontrar en usted un parecido..., es decir, no, no es parecido, mejor dicho, no se parece en nada...

El Sr. Willmann movió suavemente la cabeza como para indicar que no entendía aquellas palabras oscuras.

- ¿Ha tenido usted, prosiguió diciendo el doctor, algún pariente que haya estado en Africa, en Egipto, en el Sahara..., no sé dónde?

El rostro terso y rubicundo del Sr. Willmann perdió algo de su hermoso color.

- Sí, un primo, respondió jugando con la cadena del reloj.

- ¿Misionero?

- Sí, señor doctor.

- ¿Que se llama Engelberto? ¡Perfectamente. Y usted, ¿cómo se llama?

- Pan...cra...cio, respondió el posadero marcando las sílabas y sin dejar de jugar con la cadena del reloj.

- ¡Bonito nombre! Pues bien, Sr. Pancracio Willmann, vuelva usted dentro de tres semanas, y si en este tiempo tengo ocasión de pasar por el «Cordero de Oro,» entraré á saber de usted. Hasta la vista.

Willmann salió dando humildemente las gracias al doctor, el cual, cuando se quedó solo, empezó á hablar consigo mismo.

- ¡Primo de Engelberto! ¡Del querido Engelberto, el del lazo de crespón! Tienen ambos la misma mirada beatífica..., ¡será cosa de familia! ¿Si se lo contara? ¡Libreme Dios de ello! En seguida enviaría

- ¿Quieres decirme qué es lo que estás mascullando?, preguntó el doctor.

- ¿Yo?... Estoy aprendiendo algunas frases inglesas.

- ¿Frasas inglesas?... ¿Con esos suspiros de enamorado primerizo? ¡Vaya un modo extraño de estudiar la lección!, replicó el doctor moviendo la cabeza con aire de incredulidad.

- Era una poesía inglesa...; pero tío, deja esto, son mis temas!, exclamó el muchacho precipitándose sobre la mesa, aunque demasiado tarde, porque el doctor había cogido el cuaderno y lo estaba hojeando.

- ¿Qué te pasa? ¿Por qué te avergüenzas de tus trabajos? Parece que debieras, por el contrario, estar contento de tus progresos. La señora Friedberg te ha enseñado muy bien y has de estarle agradecido.

- Sí, me ha enseñado muy bien y le estoy muy agradecido, balbuceó Dagoberto sin saber lo que decía, atento como estaba á seguir con no poco sobresalto la mano del doctor que continuaba hojeando el cuaderno.

- Pero si le das las gracias de este modo... ¡Oh!, ¿qué es esto?, exclamó de pronto el doctor cogiendo una hoja de papel suelto entre las páginas del cuaderno.

Dagoberto se quedó petrificado.

- *A Leonia*, leyó el doctor. ¡Versos!

No me rechaces
Si aquí á tus pies...

- ¿Qué significa esto?

Y continuó leyendo á media voz la más ardiente declaración amorosa que jamás había visto, escrita toda en verso, llena de pasión volcánica y de juramentos solemnes y dirigida á la profesora de inglés. De momento, el doctor no comprendió qué significaba aquello; pero cuando se dió cuenta de la cosa, parecióle

tan absurda, que se deshizo en denuestos contra el pobre Dagoberto. Éste, con la cabeza baja, recibía aquella avalancha de vituperios, de invectivas, de burlas; pero hubo un instante en que no pudo contenerse y trató de protestar.

- Tío, dijo solemnemente, te debo cuanto soy y por esto te estaré siempre sometido, con tal de que no hieras los más sagrados sentimientos de mi corazón. Sí, amo á Leonia, la adoro; mas no creo que este amor sea un delito.

- ¡Pero esto es una idiotez, una tontería sin igual! ¡Un muchacho apenas salido de la escuela, que no es todavía alumno de Universidad..., enamorarse de una mujer que por sus años podría ser su madre! ¡Estas eran las frases inglesas que estudiabas delante del espejo? ¡Ah! Ya le abriré los ojos á la señorita Friedberg y le diré quién es su discípulo y ¡Dios te valga!, ya verás cómo monta en cólera.

Dicho esto, el doctor dobló el papel y se lo metió furiosamente en el bolsillo; Dagoberto, al ver des-



... y luego besó tiernamente á Cecilia

á buscar á ese pariente y el recuerdo del pasado renacería con mayor fuerza... No, no, más vale callar. Ahora le mandaré la receta que le he prometido; se la llevará Dagoberto, que debe ir á dar su lección.

Dagoberto se disponía á salir; había puesto el sombrero y los guantes sobre la mesa cerca de un gran cuaderno, y de pie delante del espejo, estaba terminando el arreglo de su persona. Anudado el lazo de la corbata, pasóse una mano por sus rubios cabellos y trató de retorcerse graciosamente el naciente bigote; y satisfecho de sí mismo, dió algunos pasos atrás, llevóse la mano al corazón y comenzó á murmurar palabras que el doctor, de pie en el umbral de la puerta é inmóvil á causa de la sorpresa, no acertaba á comprender.

- ¡Chico! ¿Te has vuelto loco?, exclamó al fin disgustado.

Dagoberto se estremeció y se puso encarnado como la grana.

aparecer en manos de aquel tío despiadado los versos que á fuerza de tantos sudores acababa de componer, sintióse valiente como un león.

— Tío, dijo con energía, ya no soy un niño. Tú no comprendes los sentimientos que agitan el pecho de un joven, pues tu corazón hace tiempo que está muerto; cuando las nieves de la edad cubren la cabeza...

Mas no pudo proseguir y, antes al contrario, hubo de refugiarse detrás de un sillón, porque el doctor, al oír la poética alusión á sus cabellos grises, se abalanzó contra él.

— ¿Las nieves de la edad? ¿Pero cuántos años te figuras que tengo? ¿Crees que pronto vas á regocijarte con mi herencia? ¡Nada de esto, amigo mío! Puedes estar seguro de que habrás de esperar todavía un buen rato. En el entretanto, llevaré á la señorita Friedberg tu bellissimo trabajo y tú te quedarás aquí con el pecho agitado por los sentimientos de la juventud.

— Tío, no tienes ningún derecho á mofarte de mi amor, murmuró Dagoberto sin salir de detrás del sillón.

Pero el doctor había salido ya del cuarto y atravesado la sala, cogiendo allí su bastón y su sombrero.

— ¡Las nieves de la edad!, murmuraba, ¡pedazo de animal! ¡Ya verás si mi corazón está muerto desde hace tiempo! ¡Te vas á quedar con la boca abierta, estúpido!

Y á grandes pasos encaminóse hacia la casa de Dernburg.

Cuando entró el doctor, Leonia Friedberg estaba en su cuarto, sentada junto al escritorio, ocupada en terminar una carta.

— ¿Es usted, doctor?, dijo alzando los ojos sorprendida. Creía que era Dagoberto; es siempre tan puntual.

— Hoy no vendrá.

— ¿Por qué? ¿Está acaso indispuerto?

— No, pero le he arrestado en casa.

— ¡Pobrecito! Doctor, le trata usted con demasiada severidad; piense que Dagoberto tiene veinte años, y por consiguiente, me parece que no es un niño.

El doctor se sentó sin escucharla y siguió diciendo con acento colérico:

— Mejor sería que me callara delante de usted; pero, por otra parte, me creo obligado á decirselo todo.

— ¡Dios mío! ¿Qué ha pasado? Supongo que nada grave.

— ¡Lea usted!, exclamó el doctor con terrible solemnidad entregándole la hoja de papel con el desahogado poético de Dagoberto.

Leonia comenzó á leer, y con gran asombro del doctor llegó tranquilamente hasta el fin, sonriéndose de cuando en cuando. Hagenbach creyó necesario acudir en ayuda de la inteligencia de la señorita.

— Es una poesía..., dijo.

— Ya lo veo.

— Dirigida á usted.

— Así parece; está á mi nombre. ¿Es de Dagoberto?

— ¡Y le agrada!, gritó irritado el doctor. ¿Le parece acaso natural que ese muchacho se ponga á sus pies como dice en esa sarta de disparates?

— Deje que su sobrino se entregue á estos entusiasmos juveniles, repuso Leonia encogiéndose de hombros; al fin y al cabo no son peligrosos y en mi concepto no merecen ser censurados.

— No es esta mi opinión. Si ese necio se permite otra vez endilgarle otros versitos y poner á sus pies los sentimientos que se agitan en su pecho juvenil, yo le...

— ¿Y á usted qué le importa?, preguntó Leonia extrañada de aquel furor cuya causa no se explicaba.

— ¿Qué me importa? ¡Ah, sí! Es verdad que usted no sabe...

Y el doctor se levantó y se puso delante de la institutriz diciéndole:

— ¡Señorita, míreme usted!

— No veo en usted nada de extraordinario.

— Ciertamente que no soy extraordinario, pero á mi edad creo ser por lo menos pasadero, replicó el doctor ofendido.

— Es cierto, doctor.

— Tengo una posición que me produce mucho; tengo un patrimonio no insignificante, y tengo una bonita casa que tiene el defecto de ser demasiado grande para mí solo.

— No lo dudo, pero...

— Y mi rudeza es puramente externa, prosiguió el doctor sin fijarse en la interrupción, pues en el fondo soy un manso cordero.

Leonia permaneció callada con aire de incredulidad.

— Soy bajo todos conceptos un hombre con quien

se puede vivir perfectamente. ¿No lo cree usted así?

— Sí, pero...

— Pues bien, diga que sí y es cosa hecha.

— ¡Pero, doctor! ¿Qué está usted diciendo?, exclamó Leonia ruborizándose y golpeando el suelo con los pies.

— ¿Qué estoy diciendo? ¡Ah! ¿Conque usted quiere la petición en toda regla? Señorita, ofrezco á usted mi mano y le ruego que la acepte: aquí está.

Leonia, en vez de coger la mano que le tendían, retrocedió unos pasos.

— Perdone mi sorpresa, dijo con sequedad; no esperaba el honor de su petición.

— ¿Ha sido una sacudida para sus nervios? No importa, soy médico y la curaré.

— Siento no poder proporcionarle esta ocasión de curarme, respondió con una frialdad que hizo estremerse al doctor.

— ¿Cómo debo interpretar estas palabras? ¿Como una negativa?

— Como usted quiera: de todos modos, esta es mi respuesta á su petición tan afectuosa y delicada.

El doctor se quedó turbado: sabía perfectamente que, á pesar de sus cabellos blancos y de su edad madura, era un buen partido y que más de una señora de las que conocía, no sólo estaría dispuesta, sino que se consideraría feliz pudiendo compartir su casita suiza y su bonita fortuna. Por esta razón no esperaba una negativa, máxime si su demanda era, considerada desde el punto de vista de la fortuna inmensa, inesperada para una mujer como Leonia. Creyó, pues, haber oído mal. ¿Era posible que sus maneras poco elegantes y su rudeza fueran causa de la destrucción de su ensueño más querido?

— ¡Señorita! ¿De veras rechaza usted mi ofrecimiento?

— Lo siento, doctor, pero debo rechazar el honor que quiere dispensarme.

— Sigúese una pausa, durante la cual el doctor miraba, ora á Leonia, ora el retrato enlutado que estaba encima de la mesa.

— ¿Por qué?, preguntó al fin Hagenbach.

— Ésta es cuenta mía.

— Perdona usted, pero más bien es mía, porque soy yo quien recibo la negativa y por esto quiero saber la razón de la misma. ¿Tengo, acaso, en mi contra un recuerdo, un primer amor..., en una palabra, ese individuo que está ahí?, dijo señalando el retrato.

Leonia no respondió, pero sus ojos se llenaron de lágrimas.

— ¡Me lo figuraba!, exclamó el doctor furibundo. Mas yo no me contento con esto, señorita; quiero saber quién era ese supuesto primo, dónde vivía y si realmente se marchó á Africa.

Y á cada una de estas preguntas el doctor se iba aproximando al retrato, tanto que Leonia, espantada, se interpuso entre éste y Hagenbach.

— Si tanto le interesa, dijo enjugándose las lágrimas, oiga usted. Sí, Engelberto era mi novio, el novio á quien lloraré eternamente, y daba lecciones en la misma casa en donde yo estaba de institutriz. Nuestros corazones y nuestras almas se comprendieron...

— ¡Qué conmovedor es todo esto!, murmuró el doctor.

Pero Leonia, por fortuna, no le oyó y prosiguió diciendo:

— ...Y nos prometimos. Pero Engelberto hubo de partir como compañero de viaje de los niños de aquella familia, y se marchó á Egipto, en donde tuvo como una especie de revelación y decidió consagrarse por entero á la conversión de los paganos. Quiso devolverme generosamente la palabra empeñada, pero yo no acepté y por el contrario le escribí que estaba dispuesta á compartir con él su santa misión... Esta dicha, sin embargo, no me fué concedida. Escribíome otra vez ántes de partir para el interior, y luego... no he vuelto á saber de él.

Y diciendo esto prorrumpió en sollozos.

Hagenbach contemplaba aquel dolor desesperado sin compartirlo; antes al contrario, alegrándose con la idea de que aquel llorado novio y catequizador de paganos había desaparecido para siempre del mundo de los vivos. Y como el sentimiento de Leonia quitaba á su negativa todo lo que podía tener de ofensiva para el doctor, éste sintióse dispuesto á una mayor benevolencia hacia todos, incluso hacia su rival.

— ¡Descanse en paz!, dijo. Pero usted no puede llorarlo toda la vida: esto podía pasar en la época de Werther; pero ahora la costumbre es llorar al muerto en los primeros tiempos y luego casarse con otro..., en cuanto este otro se presente..., y en nuestro caso, aquí está ese otro, el cual repite su demanda... Conque, Leonia, ¿sí ó no?

— ¡No!, gritó Leonia exasperada. Si no hubiese sabido antes lo que era el amor delicado, la adoración de mi Engelberto, lo sabría ahora por la diferencia que la declaración de usted pone de relieve. Bien se me alcanza que usted no se habría presentado á otra señora del modo como se ha presentado á mí..., sin ceremonia alguna; pero tratándose de una solterona, sola en el mundo, dependiente, todas las maneras son buenas. Una pobre institutriz debe considerarse dichosa cuando se le ofrece una buena posición, sea cual fuere el modo como se le ofrezca. ¡Muchas gracias! Tengo formado un concepto demasiado alto del matrimonio para no preferir mi miseria á la dependencia, aunque sea matrimonial, de un hombre que carece de delicadeza en todos los actos de su vida, incluso cuando trata de buscar esposa. Y ahora, paréceme que nuestra entrevista ha terminado.

Y haciendo un saludo, Leonia salió de la habitación.

— Esto se llama enviarle á uno á paseo, murmuró Hagenbach siguiendo á la señorita Friedberg con la mirada. ¿Y he de soportarlo con calma? ¡Pero qué graciosa es! ¡Nunca me había causado la impresión que ahora, con su rostro encendido y sus ojos llamantes!.. ¡Ah, esos modales bruscos de un viejo célibe! ¡Soy una verdadera ruina!

Cogió el sombrero y se disponía á salir, cuando su mirada tropezó con el retrato de su rival.

— ¡Ese muerto de hambre!, exclamó. ¡Ese sauce llorón! ¡Ese estúpido Engelberto! ¡Por él se rechaza á un hombre que ofrece posición y fortuna! ¡Qué locura! ¡Qué insensatez!

Y dió un puñetazo tan fuerte sobre la mesa, que hizo temblar al pobre Engelberto con su velo negro.

— Y sin embargo, me gusta esa firmeza..., y quiera ó no quiera, Leonia será mi esposa.

XIV

Odensberg está en plena fiesta: los morteretes disparan en las alturas, ondean las banderas por todas partes, todas las casas están adornadas con guirnalda de ramaje y las calles con arcos de triunfo y el suelo cubierto de flores.

En aquel momento el cortejo nupcial regresaba de la parroquia en donde se había celebrado el matrimonio, ante el mismo altar donde hacía treinta años habían sido bendecidos los desposorios de los padres de Enrique. La larga fila de coches, precedida del magnífico carruaje de los novios, avanzaba despacio por entre la doble fila de obreros que aplaudían, y el espléndido sol de agosto iluminaba aquel alegre cuadro.

El coche en donde iban los recién casados pasó por debajo del último pabellón de ramas y banderas y se detuvo delante de la escalinata del terrado. Enrique ofreció la mano á su esposa, la cual, al bajar, sumergió sus pies en un mar de flores, tanta era la abundancia con que de ellas estaba cubierto el suelo. Multitud de plantas y flores adornaban también la casa, cuyas puertas estaban abiertas de par en par para recibir á su nueva dueña.

Detrás de los novios iba Dernburg dando el brazo á su hermana. El noble anciano hallábase profundamente conmovido: había realizado un gran sacrificio resignándose á separarse por mucho tiempo de su único hijo varón; pero en parte veía compensado este sacrificio contemplando el semblante de Enrique, que respiraba placer, y á Maya, su hija querida, radiante de felicidad, del brazo de Wildenrod. Dernburg pensaba que el destino le ofrecía con Oscar una compensación de todo lo que perdía.

Apenas hubieron llegado á la casa, Maya se arrojó al cuello de su hermano y luego besó tiernamente á Cecilia. También el barón abrazó á los novios; pero al inclinarse sobre su hermana la miró con aire tan preocupado y amenazador, que la joven se estremeció y se desprendió rápidamente de sus brazos.

Iban llegando, en tanto, los coches de los invitados, así es que el grupo de familia quedó en seguida disuelto. Cecilia y Enrique formaban el centro de la reunión: estaban de pie, en medio del salón, rodeados de la muchedumbre de convidados y atentos á contestar á las enhorabuenas y á los felices augurios. Enrique estaba completamente transformado; parecía que la felicidad le hubiese devuelto la salud: erguido, con el rostro encarnado y los ojos brillantes, mostrábase lleno de vida, de ardor, y acogía á los invitados con una animación enteramente nueva en él, sin dejar, por esto, ni un instante de mirar á su hermosísima compañera. ¡Le parecía imposible que se hubiera realizado su sueño y que Cecilia fuese realmente su esposa!

Cecilia, vestida de novia, estaba imponderablemente bella: el rico traje de raso blanco, los preciosos

esos encajes, los brillantes magníficos, regalo de Enrique, todo contribuía á completar su maravillosa belleza. La blancura marmórea de su cara, la frialdad de su sonrisa, el tono de cansancio de su voz, se explicaban por la emoción natural propia de tan solemne día.

De pie junto á una ventana estaban el doctor Hagenbach y el director de las minas, que era también el organizador de los festejos dispuestos por los obreros en honor de las bodas del hijo del jefe. El director estaba satisfecho porque todo había ido perfectísimamente: arcos de triunfo, pabellones, salvas, músicas, presentación de pergaminos, versos y regalos á los novios, todo había superado á las esperanzas; y ahora contaba aquél con un verdadero triunfo cuando desfilara el cortejo de los trabajadores que pasaría dentro de un momento.

En ello estaba pensando precisamente y no sin cierta inquietud, ya que se trataba de un cortejo tan numeroso cuyo efecto podía destruir el menor descuido; así se lo decía al doctor, el cual le escuchaba distraído y con la mirada fija en la joven pareja que seguía rodeada de sus amigos.

— Mejor hubiera sido que este cortejo se hubiese verificado ayer, dijo al fin el doctor. Siento mucho que Enrique haya de estar una hora en el terrado viendo desfilar. Es una jornada capaz de rendir al hombre más sano..., ¡qué diantre! La ceremonia nupcial, la recepción, el cortejo, luego el gran banquete y por último la partida..., ¡es un horror! Yo no quería tantas ni tan grandiosas fiestas; pero todos se me echaron encima y hasta el Sr. Dernburg quiso que se hiciese todo con la mayor solemnidad posible.

— Es natural; se trata del hijo varón único. Y además, ¿cómo negarse á los deseos de los operarios de festejar la boda? ¡Ah! El cortejo con este tiempo espléndido resultará deslumbrador. Por otra parte, no sé por qué hemos de preocuparnos tanto por Enrique..., nunca le he visto tan animado y alegre como hoy.

— Precisamente esto es lo que me disgusta y me preocupa; esa exaltación febril que, de prolongarse mucho, podría causarle grave daño. La más pequeña agitación es un veneno para ese joven, y siglos se me hacen las horas que ha de pasar hasta que se encuentre tranquilamente en su carruaje solo con su mujer.

Un camarero anunció al director que el cortejo estaba dispuesto; entonces aquél se acercó á los novios y les rogó, en nombre de los obreros de Odenberg, que aceptaran aquel homenaje. Enrique, sonriente, dió las gracias y ofreció el brazo á su esposa para conducirla al terrado. Dernburg y los invitados les siguieron.

Entonces se ofreció á sus ojos un espectáculo grandioso, imponente, que se desarrollaba en aquel magnífico día de verano. Los empleados superiores estaban al pie del terrado, mientras los subalternos capitaneaban las secciones de operarios que se extendían hasta las minas. Apenas los señores aparecieron en el terrado, el cortejo se puso en marcha á los acordes de las músicas. Los niños de la escuela fundada por Dernburg, vestidos con sus trajes de fiesta y llevando en las manos ramos de flores, apenas vieron á la novia levantaron sus caritas radian-

tes de júbilo, y agitando los gorros y las flores, prorrumpieron en un alegre ¡vival! Seguían las brigadas de obreros, todos con sus mejores ropas y banderas en las manos, que alternaban con grupos de bellísimas niñas vestidas de blanco y sosteniendo guirnal-das de flores.

Todas las miradas se dirigían á la blanca figura de la novia; á ella se dedicaban los vivas y los aplau-

Dernburg. ¿Quién podía creerlo posible? Nunca como en aquel día había considerado Everardo Dernburg tan sólida é inquebrantable su posición, tan seguras á sus gentes.

En el terrado, bajo los naranjos puestos en colorales macetas, otro hombre miraba con ojos brillantes y el corazón palpitante de alegría. También á él nunca como en aquel instante se le había aparecido en todo su poder la fuerza, la importancia de la posición de Dernburg; ¡y ese poder estaba á punto de ser suyo! Hacerse dueño de aquel mundo, dirigirlo con una palabra, con una señal, tal era el sueño que había cruzado por su mente el primer día de su llegada, estando en el terrado..., ¡y estaba próximo á ver aquel sueño realizado! Sus ojos se posaron en Maya, y á la expresión de orgulloso triunfo sucedió otra de ternura profunda. La joven llevaba con cómica dignidad el primer vestido de cola, y con su traje azul celeste y su lindo rostro sonrosado y feliz, estaba encantadora; seguía con interés de niña las varias fases de la fiesta, y se sentía dichosa, aliviada de un gran peso, ahora que su padre había retirado su negativa á su enlace con el barón.

— ¡Qué guapo está y qué feliz es Enrique!, exclamó alzando los ojos radiantes de placer.

— Pues yo conozco á un hombre, dijo Oscar sonriendo, que aún será más dichoso el día que pueda tener á su lado á su adorada esposa.

— ¡Más bajo, Oscar!, exclamó Maya con el rostro encendido. Ya sabes que papá no quiere por ahora que se sepa.

— Nadie nos oye, murmuró Wildenrod. Además tu padre no es tan severo como quiere aparentar, y aunque es cierto que esta mañana no ha consentido en anunciar oficialmente nuestras relaciones, ahora que estás tú aquí no dirá que no. Mañana se lo pediremos los dos juntos, ¿quieres?

Maya respondió sólo con los ojos; pero el barón quedó satisfecho de aquella respuesta, y á impulsos de su cariño oprimió la manecita que se apoyaba en su brazo, sin que le disgustara que la gente adivinase lo que todavía no era oficialmente conocido.

El cortejo había desfilado y la muchedumbre se agolpó ruidosamente detrás para acompañarlo. El director recibió las gracias de Dernburg y de Enrique y las felicitaciones de todos los asistentes por el éxito perfecto de la fiesta, después de lo cual todos pasaron al comedor. Dernburg, aunque enemigo del fausto, había querido en aquella ocasión ostentar todas las magnificencias de la casa; así es que verdaderos tesoros de argentería se amontonaban sobre la mesa cubierta de flores, de cristalería hermosa, de preciosas porcelanas.

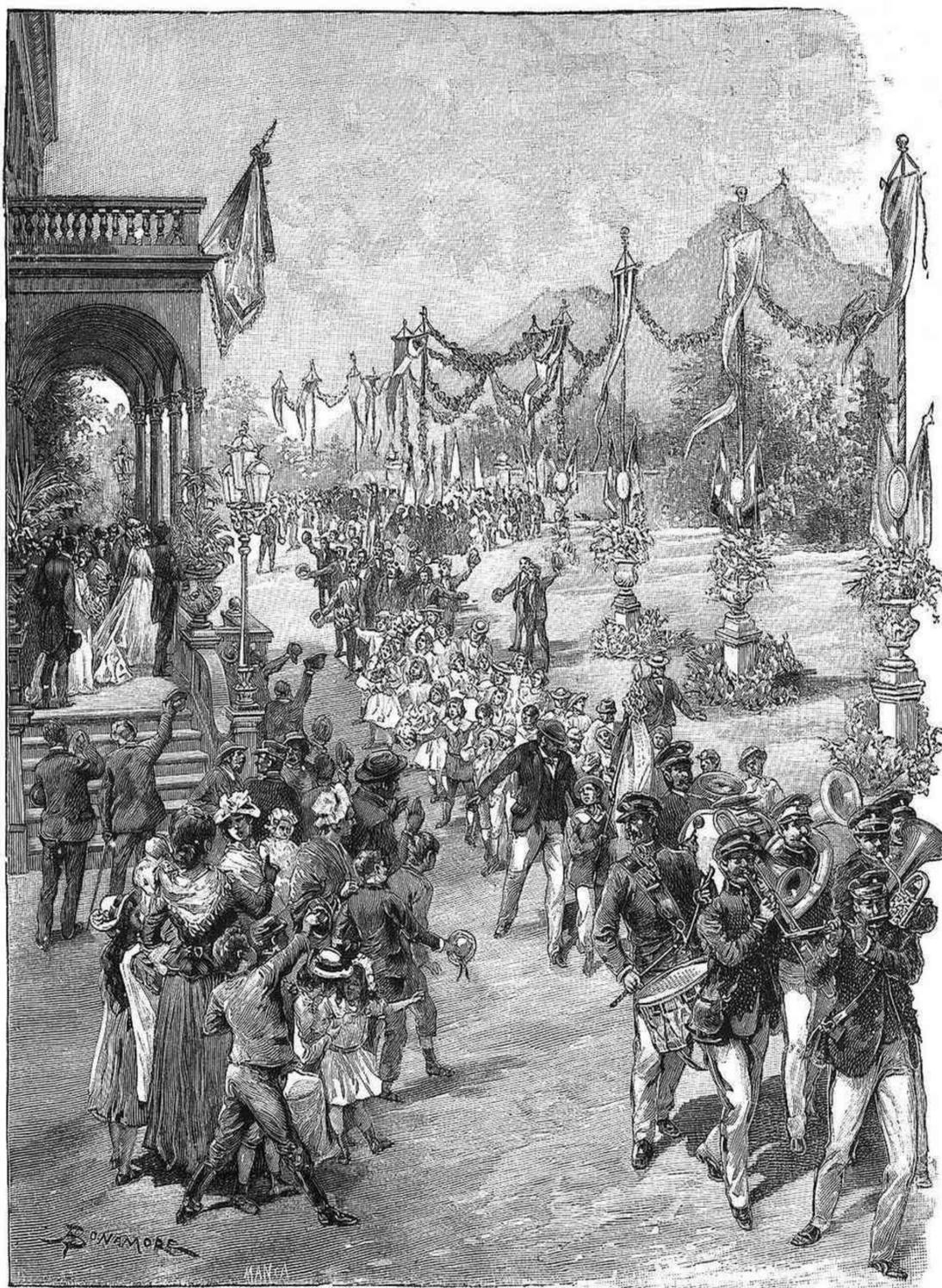
Terminado el banquete, después de los brindis y discursos de rúbrica, dió principio el baile, que la gente joven esperaba con impaciencia.

Los novios tomaron parte en el rigodón de honor y luego se retiraron.

— ¿Por qué se van Enrique y Cecilia?, preguntó Maya á Wildenrod que la conducía á su asiento. Falta todavía una hora para la marcha.

— De ello tiene la culpa el doctor, que teme que Enrique se haya fatigado demasiado; á mí, por el contrario, me parece que nunca ha estado Enrique tan bien como hoy.

(Continuará.)



Apenas los señores aparecieron en el terrado, el cortejo se puso en marcha

tos, y delante de ella los trabajadores se descubrían y agitaban las banderas: para ella eran todos los homenajes, cual si se tratara de una princesa. Y ella, infatigable, saludaba inclinando graciosamente la cabeza; pero sus ojos miraban sin ver, como si buscara á lo lejos algo muy distinto de lo que ante su vista desfilaba. Enrique, en cambio, se interesaba vivamente, contra su costumbre, con el espectáculo; lo examinaba todo, hacía observar á Cecilia los detalles del cortejo, se volvía á cada momento hacia el director para expresarle su admiración, su contento, y por vez primera en su vida sentíase feliz y orgulloso ocupando un puesto preeminente, pero era feliz por su esposa.

Dernburg, al lado de su hijo, seguía el desfile con gran satisfacción. ¿Quién podía censurarle si en aquel instante se henchía de orgullo su pecho? Aquella multitud que aplaudía era gente suya; hacía treinta años que era señor y padre de ella; él proporcionaba el sustento á aquellos millares de hombres, á aquella multitud de mujeres que llevando en hombros á sus pequeñuelos, se apretaban para ver pasar á sus maridos, y él era el porvenir de aquella infinidad de chiquillos... Y aquella población que hacía suya la alegría de su amo, de su bienhechor, ¿era la que en un momento dado había de abandonarle para seguir el señuelo de otro, otras opiniones, otro jefe, para convertirse, en suma, en su enemiga?... Una sonrisa de desprecio asomó en los labios de

LOS CONTADORES ELÉCTRICOS

Los contadores eléctricos dan actualmente resultados completamente satisfactorios para la industria, pudiendo afirmarse que son aparatos muy precisos y exactos. En febrero de este año, M. Gastón Roux, director de la Oficina de comprobación de las instalaciones eléctricas de París, consignaba en su memoria anual los resultados de las pruebas á que habían sido sometidos en el curso de 1901 un total de 2.390 contadores en París y de 400 en provincias. En los de París encontró una proporción de 74 por 100 de contadores exactos, de 6 por 100 que adelantaban más de 5 por 100 y 18 por 100 que retardaban más de 5 por 100. En los de provincias, la proporción de los que retardaban llegó á ser de 75 por 100. Para dar más fuerza á estas cifras hemos de decir que los ensayos se han efectuado siguiendo un método muy riguroso y muy preciso y á variadas potencias, no considerándose como contador exacto más que al que sale bien de todas las pruebas.

Yo mismo he podido, en diferentes ocasiones, proceder á ensayos análogos y he comprobado que la mayoría de los contadores funcionan con rigurosa exactitud. Es más, si alguna observación hubiésemos de formular, sería la de que el arreglo de los contadores se hace en demasiados casos con un retardo algo elevado. Y todas estas observaciones no pueden ser más exactas, porque el contador eléctrico, al revés de los contadores de agua y de gas, se examina y comprueba en el sitio mismo, después de instalado en la red eléctrica cuyo consumo ha de registrar.

conjunto de todas las piezas está encerrado en una caja exterior que se ve figurada en el grabado. En la parte inferior de la caja, en B, hay una abertura que atraviesa el árbol que lleva el colector, sobre el cual se efectúa el frotamiento de las escobillas. En esta parte esencial del contador, sometida á limpias pe-

Las mismas mejoras han sido introducidas por la citada compañía en la fabricación de los contadores O'K, modelo Z (fig. 1). El colector y las escobillas, á los que se han aplicado también los perfeccionamientos que acabamos de indicar, van asimismo colocados en una caja especial B, fijada en la parte inferior del aparato, en la caja principal que cubre las demás partes, y puede quitarse separadamente con toda facilidad. Finalmente, se ha variado la forma del imán, el cual ha sido prolongado en la parte inferior, de manera que el inducido A quede enteramente colocado en el campo magnético de dicho imán.

El contador de energía eléctrica sistema Aron, construido por la Compañía francesa de los contadores, ha sido también objeto, desde hace algunos años, de una serie de perfeccionamientos que hacen de él en la actualidad un aparato casi perfecto. El principio sigue siendo el mismo, es decir, que se sigue utilizando la influencia de la corriente que se ha de medir sobre la duración de oscilación de un péndulo; pero se han adoptado ciertos dispositivos para

su montaje automático con gastos de energía eléctrica muy pequeños. Los volantes actualmente utilizados tienen sólo una longitud de 10 centímetros y efectúan unas 12.000 oscilaciones por hora: son dos y cada uno de ellos va provisto de un movimiento de relojería distinto. Los dos movimientos tienen su rueda de escape en relación con las ruedas dentadas de un tren diferencial cuya rueda planetaria permanece fija ó gira alrededor de un eje,

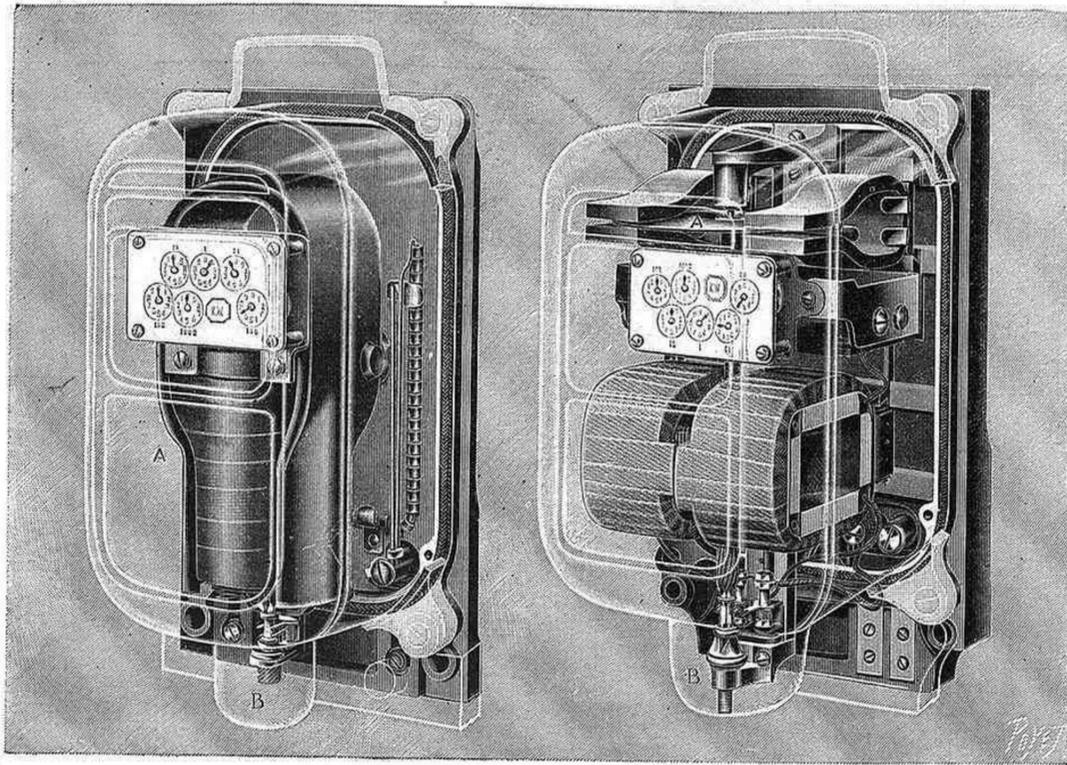


Fig. 1. - Contador O'K, modelo Z

Fig. 2. - Contador Thomson, modelo A

riódicas, es en donde los constructores han introducido varios perfeccionamientos.

El colector está formado por pequeñas láminas de plata montadas en hélice, á fin de regularizar el roce de las escobillas, y cuyos extremos están recortados de modo que entre unas y otras queden intervalos bastante grandes para evitar los cortos circuitos establecidos á consecuencia del polvo. Las escobillas están formadas por una lámina metálica que gira alrededor de un árbol, y cada una de ellas está

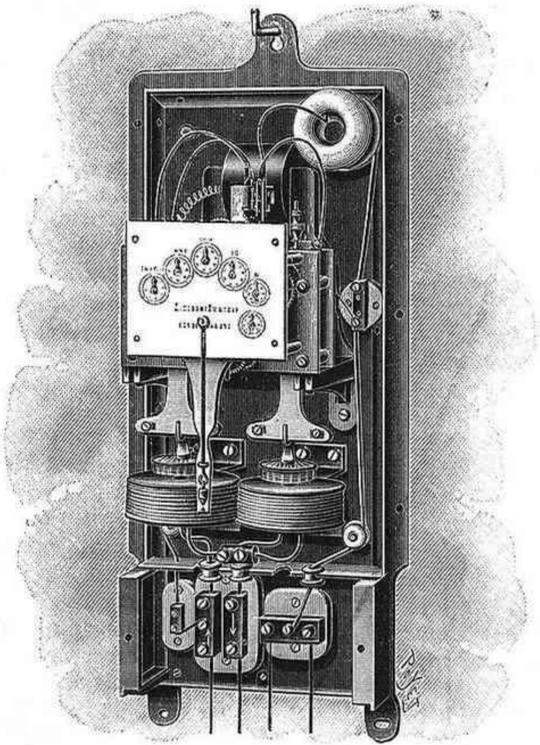


Fig. 3. - Contador Aron que se remonta automáticamente, para distribución de dos hilos

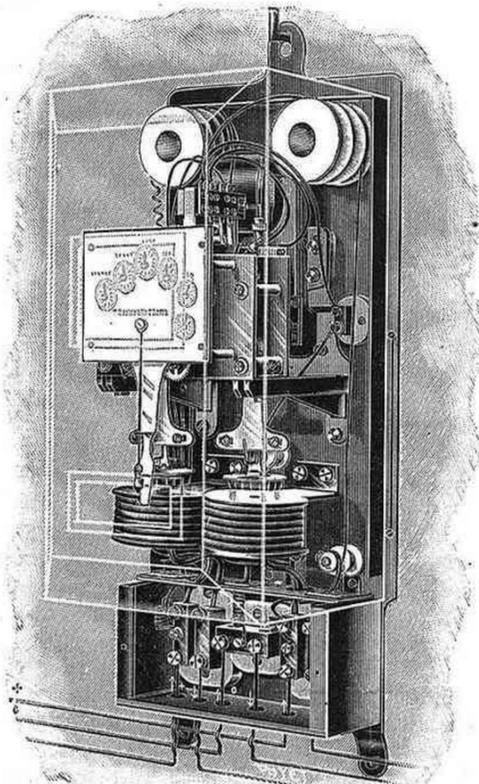


Fig. 4. - Contador Aron que se remonta automáticamente, para distribución de tres hilos

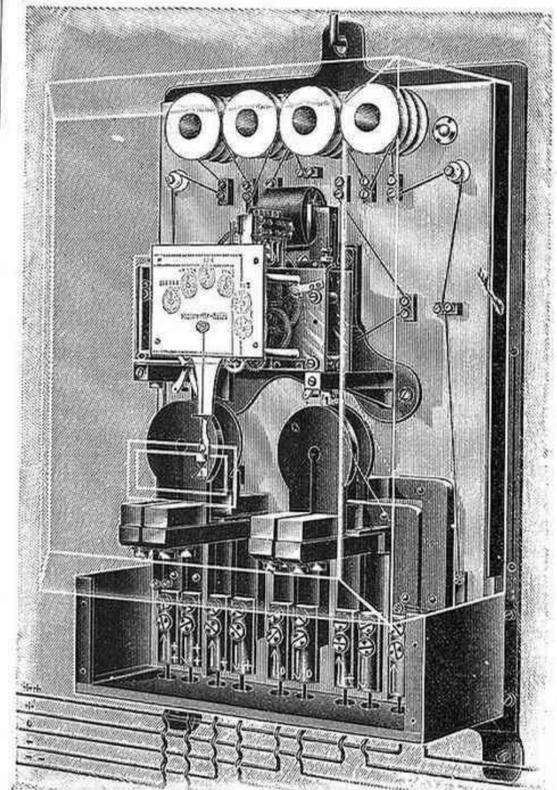


Fig. 5. - Contador Aron que se remonta automáticamente, para distribución de cinco hilos

Los contadores eléctricos cuyos primeros modelos presentados en el concurso de la ciudad de París de 1890 daban ya resultados muy satisfactorios, se han ido perfeccionando incesantemente, y en la actualidad podemos mencionar nuevos perfeccionamientos introducidos en los contadores Thomson y Aron, cuyo empleo es universal.

La figura 2 representa un contador Thomson del nuevo modelo A que construye la Compañía para fabricación de contadores. Este aparato, como todos los contadores de este género, está formado por un motor con freno, pero el disco A va colocado en la parte superior. El número de vueltas del inducido es registrado por un movimiento de relojería, y el

dispuesta de modo que evite los sobresaltos; debidos á los choques; un muelle flexible, fijado en el árbol por su parte inferior y en las escobillas por la superior, asegura el contacto de éstas con el colector. Se ha adoptado además un dispositivo especial para calzar el inducido cuando se ha de transportar el contador.

El colector, las escobillas y el sustentáculo inferior del árbol van colocados en una caja B que se cierra independientemente, de modo que quitando esta caja puede procederse á la limpia del colector y de las escobillas sin tocar los inductores ni el disco del contador. Esta modificación es muy acertada y será muy útil para la conservación de los contadores.

según que las ruedas de los movimientos se muevan con la misma velocidad angular ó con velocidades diferentes. Los volantes llevan carretes de hilo fino que son atravesados por derivaciones tomadas en las bornas de la tensión que se ha de medir; estos carretes se mueven delante de otros carretes colocados en el circuito principal. Las conexiones de los carretes están establecidas de manera que aumenten el número de oscilaciones de uno de los volantes y disminuyan el número de oscilaciones del otro; la influencia de la corriente eléctrica interviene para hacer avanzar uno de los volantes y retardar el otro. La energía eléctrica que se ha de medir es proporcional á la diferencia de los números de oscilaciones

efectuadas por los volantes. La rueda planetaria gira entonces arrastrando el minuto del contador proporcionalmente a esta diferencia, y la energía eléctrica queda registrada. La figura 3 reproduce la vista interior para un contador de dos hilos.

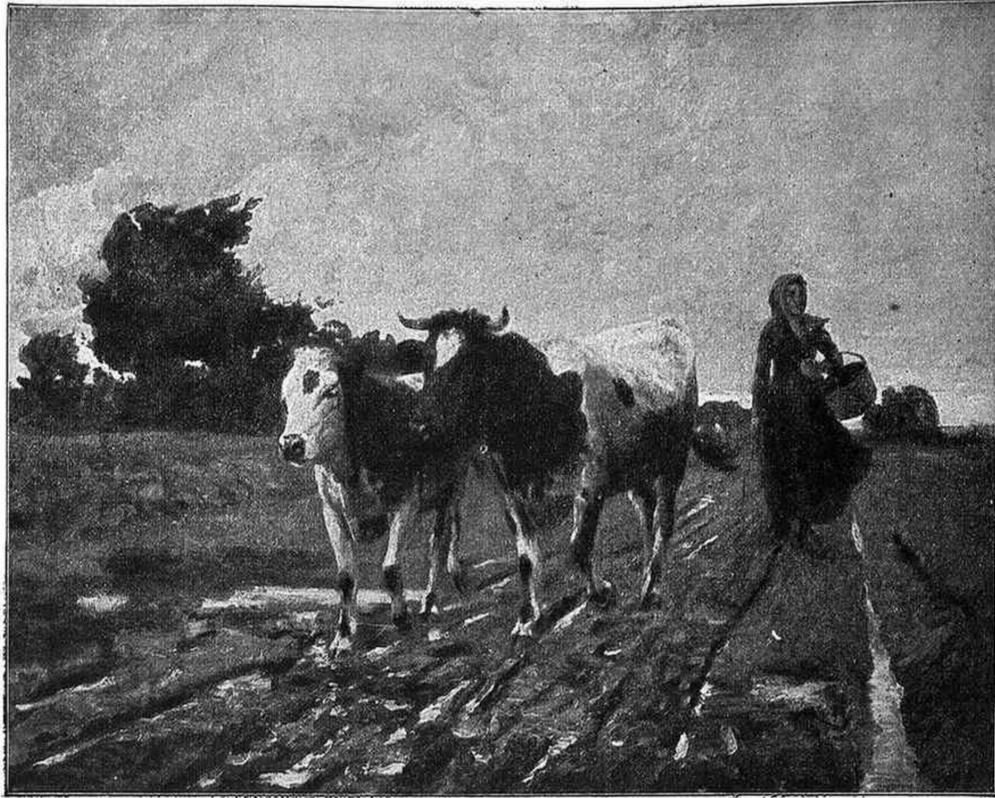
La diferencia de los números de oscilaciones es proporcional a la energía eléctrica que se ha de registrar, a condición de que esté asegurado el sincronismo de los volantes. Esta condición es difícil de llenar con volantes de tan reducida longitud. Para anular el error, M. Aron ha tenido la idea de invertir periódicamente sus funciones, de modo que los volantes avanzarán y retardarán nuevamente, uno después de otro, de modo que el error final resulta nulo. Además, el empleo de dos volantes influidos en sentidos alternativamente opuestos, pone a los carretes del contador al abrigo de todas las influencias magnéticas exteriores.

La inversión de corriente se verifica cada 10 minutos automáticamente por medio de un pequeño conmutador eléctrico, gobernado por un muelle mo-

tor, el cual lleva una rueda que se pone en rotación por el movimiento del contador. El montaje automático se obtiene por medio de un electro-imán que

deja que desear en cuanto a su exactitud. (De La Nature.)

J. LAFARGUE.



Otoño, cuadro de Hann D. Holz

funciona merced a un interruptor automático y se verifica cada 45 segundos aproximadamente.

El contador Aron se utiliza también en distribuciones de tres y cinco hilos: las figuras 4 y 5 indican las disposiciones adoptadas en estos casos.

Todo lo que llevamos dicho se refiere únicamente a modelos de contadores de corrientes continuas; pero hay también contadores de los mismos modelos para corrientes alternativas y polifásicas. Hay igualmente varios otros contadores admitidos por la ciudad de París y que están instalados en las redes de distribución; pero en la imposibilidad de describirlos todos, nos limitaremos a mencionar para las corrientes alternativas y continuas los contadores Vulcain, Japy y Le Mars.

De las anteriores consideraciones es fácil deducir que los contadores de energía eléctrica son actualmente aparatos muy buenos cuyo funcionamiento práctico nada

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjase para informes a los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse a D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 258, Barcelona

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE B¹ BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
 FACILITA LA SALUDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD
 En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
 SOBERANO contra
ASMA
 CATARRO, OPRESIÓN
 y todas Afecciones Espasmódicas
 de las Vías Respiratorias.
 30 AÑOS DE BUEN EXITO
 MEDALLAS ORO y PLATA.
 MARCA DE FABRICA REGISTRADA.
 PARIS, 102, Rue Richelieu.— Todas Farmacias.

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente a los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz.— Precio: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Envaso 5 fr.
PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
 CANDES etc.
 3^a St-Denis

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
 CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
 prescrito por los Médicos en los casos de
ENFERMEDADES DE LA PIEL
 Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
 102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

AVISO A LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS JORET-HOMOLLE
 CURA
 LOS DOLORES, RETARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS
 F¹ G. SÉGUIN — PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

INFLUENZA ANEMIA RACHITIS VINO AROUD CLOROSIS
VINO AROUD
 CARNE-QUINA-HIERRO
 El más poderoso Regenerador.

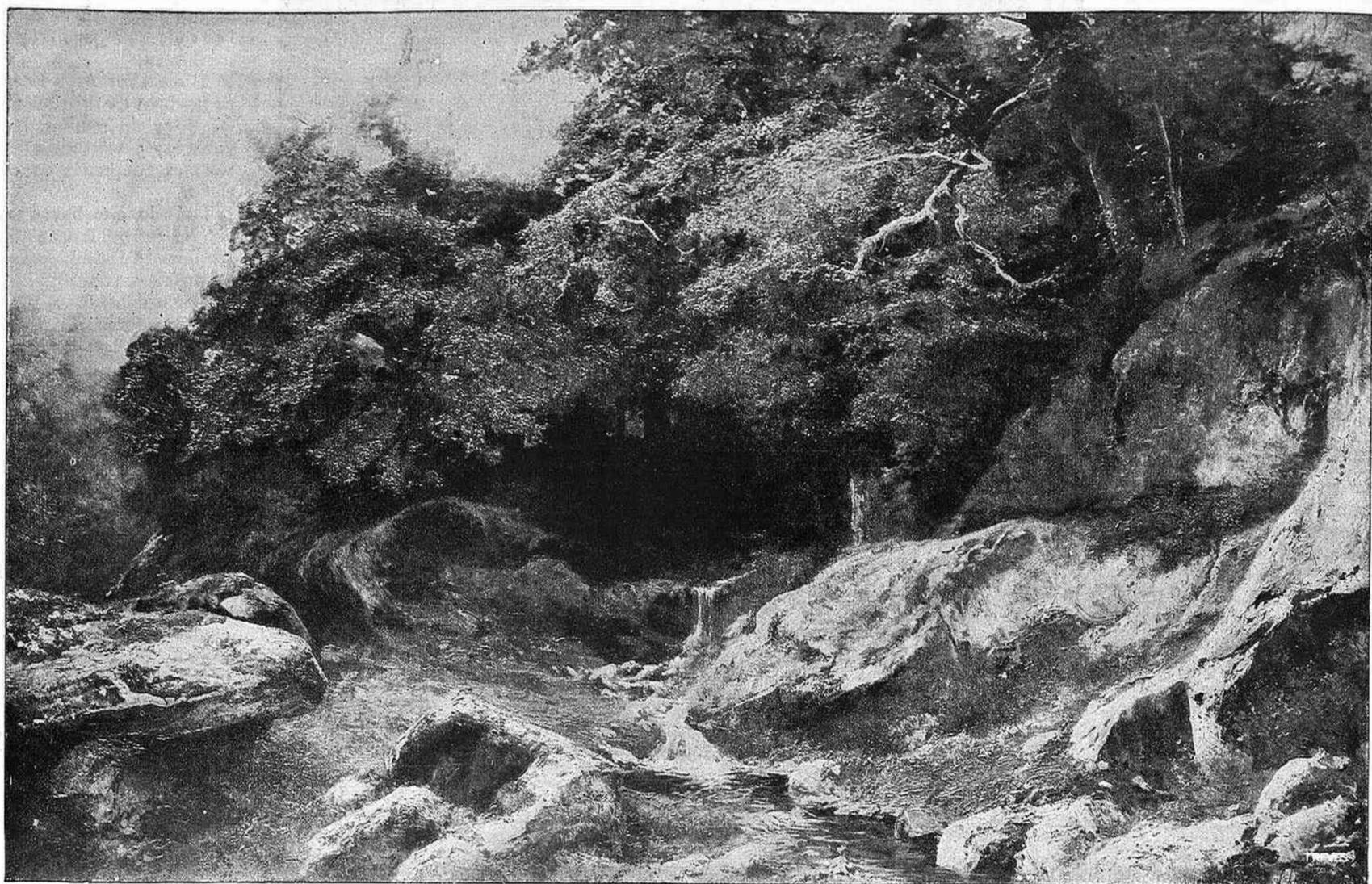
PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

ENFERMEDADES DE ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exigir el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exigir el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exigir el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.



La fuente, cuadro de F. Petiti

Venta anual de los Productos Nestlé
39 millones de botes.

Harina Lacteada



NESTLÉ

ALIMENTO COMPLETO
 para Niños y Viejos.
 Contiene la **Leche pura de Suiza.**

Consumo diario de Leche: 184,000 Litros.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

HEMOSTÁTICA

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PÍLDORAS MOUSSETTE
Neuralgias,
Jaqueca,
Ciática.

CLIN y COMAR — PARIS
 En todas las Farmacias.
 650

Las Personas que conocen las

PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT

DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILLYOIRE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN